

UNA TIA

COMEDIA DE COSTUMBRES

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

LUCIO V. MANSILLA

Dedicada á sus amigos Don **HECTOR F. VARELA** y Don
JOSE A. TAVOLARA.



BUENOS AIRES

Imp. de la Soc. Tip. Bonaerense,

65—Tacuarí—67.

—
1864.

UNA TIA

COMEDIA DE COSTUMBRES

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

LUCIO V. MANSILLA

Dedicada á sus amigos Don HECTOR F. VARELA y Don
JOSE A. TAVOLARA.



BUENOS AIRES

Imp. de la Soc. Tip. Bonaerense,

65—Tacuari—67.

1864.

PERSONAJES

Da. Dolores Quiñones de Salcedo.....	55 años.
" Emilia Lerma y Pereda, sobrina de Da. Dolores ..	16 "
" Helena, esposa de Carlos.....	35 "
El Coronel Dn. Leandro Soto Mayor.....	50 "
Carlos, marido de Helena.....	40 "
Nicanor Ochagavia.....	26 "
Luis de Salazar.....	25 "
Oármén, criada joven.	
Primero y segundo convidados.	
Pedro, criado de Dn. Nicanor.	
Rufino, criado de Dn. Luis.	
Comparsas.	

La accion pasa en Buenos Aires en 186...

*La accion comienza á las dos de la tarde y termina al dia siguiente
á la misma hora.*

REPARTO

PERSONAS.

ACTORES.

D ^a . DOLORES.....	S ^{ra} . D ^a . Cármen Rodriguez.
" EMILIA.....	S ^{ta} . " Elisa Barreda.
" HELENA.....	S ^{ra} . " Clotide C. de Gomez.
" CÁRMEN.....	" " Valentina R. de Delgado
D ⁿ . LEANDRO SOTO MAYOR	S ^r . D. José García Delgado.
" NICANOR.....	" " Manuel Fernandez.
" LUIS.....	" " Eduardo Carbajo.
" CÁRLOS.....	" " Gervasio Gomez.
" PEDRO (<i>criado</i>).....	" " Pedro Carbajo.
" RUFINO (<i>criado</i>).....	" " Modesto Vazquez.
CONVIDADO 1 ^o	" " Fernando Cuello.
CONVIDADO 2 ^o	" " Miguel Carbajo.

ACTO PRIMERO.

(Una sala lujosamente alhajada, puertas á los lados y al fondo).

ESCENA PRIMERA.

CARMEN sacudiendo los muebles.

CÁRMEN. Que vida! Van dos meses que no consigo salir. Por la mañana el mate; despues los lienzos, el plumero, las escobas, los peines, qué sé yó! Mas tarde, vuelta al mate, y en seguida la costura, las medias, y zurza vd. aunque esté de mala gana. A la noche las visitas, el té,—Juana? la puerta, que llaman, y vaya vd. aunque esté sentada descansando, y no quiera levantarse. Esto es atroz! Tentada estoy de casarme con Pedro, el criado de D. Nicanor. Pero es tan tonto el infeliz, y luego usa unos chalecos tan largos de talle y tan feos. Rufino es diferente. Pero el pillo ha dado en hacerse el desdeñoso. No sé como haría. Oh! si yo pudiera imitar á la niña otro gallo le cantára. El sí que es eleganton. Toma, como que tiene un amo que es un dije, mas rico que el Potosí. Qué pañuelos tan perfumados usa, y qué aceites, qué corbatas á la *dernière*. Estudiemos un poco lo que haré la primera vez que le vea.
(*Siéntase con aire de señora.*)

RUFINO. (*Asomándose por el fondo*) Se puede entrar?

- CÁRMEN. (*Tirando el plumero*) Adelante! (*Aparte*) él es.
RUFINO. Carmencita?
CÁRMEN. (*Con desden*) Ah! Rufino, entre vd. . . .
RUFINO. (*Aparte*) Qué desden! (*Le toma la mano y se la besa*)
CÁRMEN. Insolente! salga vd. (*Levántase con aire de enfado*)
RUFINO. (*Tirándole una carta.*) Ésa carta para la señorita Emilia. (*Váse*)
CÁRMEN. Pues no me ha besado la mano el atrevido. Tu-
nante! En todo imita al patron.
PEDRO. (*Llamando á la puerta del fondo*) Ave María pu-
rísima!
CÁRMEN. Sin pecado concebida! (*Aparte*) Otra cartita sin
duda.
PEDRO. Muy buenos dias, Cármén
CÁRMEN. Entre vd. Pedro.
PEDRO. De parte de mi amo, que como está la señora
Da. Dolores, la señorita Emilia, que como han
pasado vds. la noche, que si han sabido vds. de
D. Manuel, y si
CÁRMEN. Por Dios! acabe vd. su retahila! Qué trae, qué
quiere? (*Aparte*); qué chaleco, Virgen de Lujan!
amarillo y flor romero. Ja! ja! ja!
PEDRO. Esta carta.
CÁRMEN. (*Aparte*) Bobote!
PEDRO. (*Aparte*) No me atrevo.
CÁRMEN. Póngala vd. ahí.
PEDRO. Está vd. de mal humor?
CÁRMEN. No sé.
PEDRO. No ha de haber estado Vd. así con Rufino Saraví.
CÁRMEN. Y bien, qué se le importa á Vd.?
PEDRO. Carmencita!
CÁRMEN. Déjeme vd. (*Aparte*) Y qué olor trae!
PEDRO. Así me trata Vd. despues de sus promesas de
ayer, y de haberme dicho en el mercado que . . .
CÁRMEN. Repare Vd. que ahora no mas viene la señora.
PEDRO. (*Retirándose*) Volveré luego. (*Váse.*)

CÁRMEN. Charro, Nó, no puede ser. Imposible que yo me case con un hombre que usa chaleco amarillo, que no tiene sombrero alto, ni cadena de reloj, que jamás se pone guantes. Se burlarían de mí. (*Tomando las cartas una en cada mano*) Dos cartas. Que la dirán? Lo 'dé siempre. Que es bonita; le pedirán una cita que vaya esta noche al teatro de Colon, y mas tarde al baile del Club. Que no se comprometa para el primer vals. Declaraciones de amor.

ESCENA II.

CARMEN, EMILIA entrando por la derecha.

EMILIA. Qué haces Cármen?

CARMEN. (*Aparte*) Qué hago!

EMILIA. Qué cartas son esas?

CARMEN. De D. Nicanor y de D. Luis.

EMILIA. (*Tomando las cartas*) Véte y despacha adentro.

CARMEN. Sí, señorita. (*Váse.*)

ESCENA III.

EMILIA sola.

EMILIA. Qué fastidio! Qué costureras. Si no se puede contar con ellas para nada. Si me traerá las blondas Victorina? Faltan apenas unas cuantas horas, y aún no sé que vestido me pondré. Tengo lo menos una docena, y todavía no acierto a elegir ninguno. Me pondré el del Coronel, le gustará verme con él; y al fin, si estoy resuelta, por qué no complacerle alguna vez, siendo tan bueno y tan amable como es? Pero veamos que dice la carta de Luis? Nó, primero leeré la de Nicanor; nó, la de Luis; nó, la de Nicanor. Pues que decida la suerte. (*Cierra los ojos y baraja*

las cartas en las manos.) A ver esta. (*Rompe la nena, saca el billete.*) La de Luis! (*lee*) “Emilia: “El tiempo vuela como mi impaciencia, me parece que hace un siglo que no la veo á Vd., y “sin embargo, apenas han transcurrido algunas “horas. El baile es esta noche, ya lo sabe Vd. “No se comprometa Vd. Quiero su brazo al salir de Colon, y el primer vals en el Club. “Siempre de Vd.—Luis de Salazar.”—A ver Nicanor que dice. ¡Cómo habrá llamado la atencion su carruaje en las carreras de Belgrano! (*Lee.*) “Emilia: las carreras acabaron tarde; Vd. “no quiso aceptar mi carruaje, y yo no pude des- “hacerme de algunos amigos importunos. Espero “que por esto no echará Vd. en olvido su pro- “mesa. Nos veremos en la Ópera; pero pido anticipadamente el primer vals en el Club—Nicanor Ochagavia.”—Qué compromiso! No sé que hacer. (*Siéntase á escribir.*) “Luis: bien “oculta Vd. su impaciencia, pues hace 48 horas “que no se le vé á Vd. por esta casa. Iré á Colon. En cuanto al brazo y al vals, estoy comprometida. Emilia Lerma y Pereda.”—“Nicanor: No fuimos á las carreras, porque mi tia “se puso mala. Vd. no vino ademas, como nos “lo habia ofrecido. No sé si iré al teatro. El “primer vals lo he ofrecido de antemano.— “Emilia Lerma y Pereda.”—(*Toca la campanilla.*)

CARMEN. (*Entrando*) Señorita?

EMILIA. Esas cartas cuando vengan por la contestacion. (*Dáselas despues de haberlas cerrado.*) Qué costurera! No he visto nunca una embrollona igual. Juana? Corre á la tienda de Anita, y dile que hasta cuando me quiere hacer esperar; pasa tambien por la de Victorina.

CARMEN. Voy á volar señorita. (*Aparte*) Haré un rodeo y veré á Rufó al pasar. (*Váse.*)

EMILIA. Pobre coronel! Su noble carácter me interesa tanto como sus viscisitudes; sus infortunios le hacen simpático; no es rico, pero me hará feliz,— me dejará mi libertad, que como dice mi tía es la verdadera felicidad. (*Siéntase*).

ESCENA IV.

EMILIA, Da. DOLORES.

Da. DOLORES. En qué piensas sobrina?

EMILIA. Mi tía.....en que me caso con el coronel.

Da. DOLORES. (*Sorprendida.*) Con el coronel?

EMILIA. Con el coronel, sí, se lo prometí anoche, — ahí en ese mismo sofá.

Da. DOLORES. Imprudente!

EMILIA. Imprudente! Y por qué tía?—No me ha dicho Vd. tantas veces que una huérfana debe casarse lo mas pronto posible, que somos pobres, que nuestra pequeña renta nos alcanza apenas para el alquiler, que el pleito vá mal, que los réditos del dinero tomado al Coronel, se comen poco á poco la finca de la calle de Potosí?. Pues bien, me caso. El coronel no es rico; pero tiene un sueldo seguro.

Da. DOLORES. Si, si no viene alguna revolucion que lo mande á la inactiva.

EMILIA. Tiene tambien algunos bienes de fortuna.

Da. DOLORES. Cien mil pesos, vaya una gran cosa!

EMILIA. Y una reputacion militar hecha.

Da. DOLORES. Con honra sobrina, no se manda al mercado, ni se arrastra coche, ni se paga lo que debemos en lo de Iturriaga.

EMILIA. Será prudente, mi tía, y me hará feliz, dejándome mi libertad.

Da. DOLORES. Tu libertad! Pero es sobrina que con libertad no se vive; tú tienes hábitos y gustos que el coronel no podrá sostener, y entonces esa mis-

ma libertad, será un obstáculo á tu felicidad. Cuando te he predicado el casamiento no pensaba que pudieras fijarte en el Coronel.

EMILIA. Me habia Vd. hecho tantos elojios de él, diciéndome que era excelente . . .

Da. DOLORES. Sí, escelente para amigo, para acompañarnos, por su nombre y su posicion social; pero no para marido, por su escasa renta y sus ningunos medios de adquirir.

EMILIA. Ah! . . .

Da. DOLORES. Que me habia de imajinar que cometieras semejante disparate. Suponia que tu eleccion fluctuaba entre D. Luis y D. Nicanor.

EMILIA. D. Nicanor y D. Luis! Ninguno de ellos me ha hablado de casamiento sino de amor.

Da. DOLORES. Por dónde querías que empezáran? Querías que de buenas á primeras te hablaran de matrimonio?

EMILIA. A mi me parecia que . . .

Da. DOLORES. Tu no conoces á los hombres, sobrina. Ellos hablan siempre de amor, que es lo que quieren, y acaban por casarse, que es lo que no quieren, si se les sabe manejar.

EMILIA. Sin embargo, el Coronel no ha procedido así. Me ha visitado algunos meses, me ha tratado con respeto y cariño, y euando yo estaba lejos de sospechar sus intenciones me ha dicho sin rodeos: Emilia, es vd. jóven y virtuosa; no tiene vd. mas apoyo que su tia. Quiere yd. unir su suerte á la mia, y sellar así mi felicidad?

Da. DOLORES. El Coronel ha hablado el lenguaje franco y sencillo del caballero, del militar. Es una escepcion á la regla jeneral. Los otros dos el lenguaje del dia, el lenguaje falso y banal de los salones; eres huérfana, hermosa, elegante, alegre, espiritual, han puesto sus ojos codiciosos en tí, y, al ver tu candor, se han hecho, como todos los hombres de su edad, la ilusion de una conquista fácil,

halagándose de antemano con la innoble satisfacción de agregar una página mas á la historia de sus liviandades.

EMILIA. Mi tia! . . .

Da. DOLORES. Tú has escuchado sus declaraciones, has aceptado sus ofrendas,—hoy las flores del uno, mañana el palco, el carruaje del otro. Ellos se han envanecido, y han creído que mas tarde aceptarías sus joyas. Han seguido adelante, y como al solicitar nuestra relacion no han tenido sino *un fin*, cada cual ha continuado con su propósito,—el uno finjiéndose jeneroso, desprendido, el otro sério y formal. Si hubieras seguido mis consejos, ya sabríamos á qué atenernos. No lo has querido, y ahora me dices, cuando menos lo esperaba, y como la cosa mas natural del mundo, que te casas con el Coronel.

EMILIA. Usted me hace reproches que no merezco mi tia. Yo he aceptado esas demostraciones por consejo de vd. y jamás he pensado en nada que no fuera honesto, digno de mí.

Da. DOLORES. Sobrina mia! Mis reproches no son á tu virtud; tenga pruebas de ella é ilimitada confianza en tí. Quería únicamente decirte, que así como has seguido mis consejos, aceptando las ofrendas de D. Nicanor y de D. Luis, hubieras debido no comprometerte con el Coronel sin prevenírmelo.

EMILIA. Le habia á vd. oído ponderar tanto su jenerosidad, el modo como nos habia facilitado los cien mil pesos de la hipoteca, rehusando por mucho tiempo aceptarla, apesar de las instancias de vd. y creí que . . .

Da. DOLORES. Pobre Emilia! Y creíste que era inmejorable para marido, olvidándote de que llevas un nombre—que debemos sostener á toda costa, que necesitamos tener un palco, un carruaje, sirvientes; que no podemos renunciar á nuestras

visitas : eso seria descender! Que tus trajes, tus adornos, todo lo que te hace brillar, y nos dá un lugar principal en la sociedad, no podia dártelo el Coronel, cuyo sueldo es mezquino, y no renta en proporcion? Qué niña, qué niña por Dios!

EMILIA. Mi tia!

Da. DOLORES. No, ese casamiento no puede verificarse, ni se verificará; es una locura. Y luego que el Coronel puede ser tu padre. Pues es una friolera!

EMILIA. Es que he comprometido mi palabra de honor.

Da. DOLORES. Tu palabra de honor á los diez y seis años! Jesus que gracioso! Una mujer no tiene palabra de honor, y las niñas mucho menos. ¡Pobres de ellas si la tuvieran! Qué mas quisieran los hombres! Yo arreglaré eso sobrina. No me diera Dios más trabajos en mi vida!

EMILIA. Pero el Coronel me dirá, y con razon, que soy una abominable coqueta, me despreciará, se vengará quizá.

Da. DOLORES. Nada temas. Lo que es menester, es salvar tu posicion; desligarte de un compromiso imprudente, contraido por tu imprevision, que destruye todos mis cálculos y proyectos de porvenir. En lo que debes pensar, es en tu nombre te lo vuelvo á repetir; en que casándote con el Coronel tendrias que renunciar á todos los placeres que amas, á la manera como te has educado. Pues no faltaba mas sino que criáras tú misma tus hijos, para enflaquecerte como un perro, y ponerte achacosa y fea en la flor de la juventud. No, Emilia querida, la felicidad es la libertad; pero la libertad con dinero, y eso no te lo puede dar el Coronel, por mucho que te ame y desee hacerte el gusto en todo.

EMILIA. Qué piensa vd. hacer mi tia?

Da. DOLORES. Déjame, déjame Emilia; sabes que soy tu madre, y que no anhele sino verte dichosa, fes-

tejada, envidiada. Tú has de hacer un casamiento, que haga rabiar á las demas mujeres, ó yo dejaré de llamarme Doñores Quiñones de Salcedo. Cuándo debe venir el Coronel?

EMILIA. A las tres.

Da DOLORES. Y D. Luis?

EMILIA. No vendrá, me ha escrito ofreciéndome su brazo para esta noche, á la salida de Colon, y pidiéndome el primer vals que se baile en el Club.

Da. DOLORES. Y qué le has contestado?

EMILIA. Que estoy comprometida

Da. DOLORES. Comprometida, con quién?

EMILIA. Con el Coronel.

Da. DOLORES. El Coronel irá conmigo; yo le haré entender con indirectas que es una locura que piense en casarse con tigo, y á las claras le diré, que un hombre de sus años acompañando á una jóven como tú es un contrasentido. Ya lo verás. Felizmente soy mujer que en teniendo razon, le dice cuatro frescas en su cara almas pintado.

EMILIA. Mi tia, no vaya Vd. á cometer alguna indiscrecion.

D. DOLORES. Pierde cuidado, pierde cuidado sobrina. El, un viejo, del brazo contigo, pues es idea! Y, ha escrito tambien D. Nicanor, ó sigue dándose importancia el muy amecochado?

EMILIA. Si, mi tia, ha escrito, haciendo igual solicitud, y le he contestado lo mismo que á Luis.

Da. DOLORES. (Con impaciencia.) Por el Coronel, no es verdad?

EMILIA. Qué queria Vd. que hiciera mi tia, despues de lo prometido.

Da. DOLORES. Lo prometido; esa palabra me ataca los nervios sobrina. No quiero que me la vuelvas á repetir.

EMILIA. Mi tia, yo haré lo que Vd. crea que me conviene mas.

Da. DOLORES. Así me gusta, hija mia. Oye pues mis ins-

trucciones. D. Luis y D. Nicanor te verán en Colon antes de ir al Club, y como es natural, te repetirán su solicitud. Concédele al uno el brazo y al otro el vals. Pero al que le ofrezcas el brazo no se lo des; si se enoja mejor, le quitas el enojo bailando con él; si el otro se atufa por esto, le dices que harto has hecho con desairar á una persona que es tan amable con nosotras.

EMILIA. Pero mi tia eso no me parece bien.

Da. DOLORES. Déjate de escrúpulos Emilia. Colúmpiate entre D. Nicanor y D. Luis, y el que se enoje, ya se le pasará la fanfuriña, que de algo ha de valer ser linda como una rosa y elegante como un figurin. Lo demas, eso de palabra empeñada, ya lo he dicho, es tontera, preocupacion buena cuando se trata de algun asunto de honor; pero entre hombres y señoras, pues no faltábame mas?

EMILIA. Sin embargo, mi tia.

Da. DOLORES. Nada, dales almibar á los dos, baila alternativamente con uno y otro,—que ninguno te lleve á la mesa; reserva ese favor para algun otro galan, que no te faltará, y ya verás si no se te humillan como corderos. Para los hombres, sobrina, la mejor táctica de todas es la versatilidad.

EMILIA. Ojalá que no se equivoque Vd. mi tia, y que no váyamos á tener algun mal rato por proceder así.

Da. DOLORES. Qué disparate! No, Emilia, pon en práctica mi plan de campaña y desde luego echate á dormir sobre tus laureles. Tengo yo mas experiencia que milagros ha hecho nuestra Señora de Lujan.

EMILIA. Dios lo quiera.

Da. DOLORES. Sí, hija mia no hablemos mas de ello. Pensemos ahora en tu vestido. Dónde está Carmen?

EMILIA. Fué á las tiendas de Anita y Victorina.

Da. DOLORES. Y hará una hora! No lo digo, si está el ser-

vicio perdido, perdido. Ya se vé, han tomado con un furor la libertad, que no hay como sujetarlas. Y el dia menos pensado se le levantan á una con el santo y la limosna, y de les Vd. palmada. Apropósito para ello es la policia que tenemos!

EMILIA. Quién sabe si no la han hecho que espere, mi tia.
Da. DOLORES. Cuando nó. Tu eres quién la echas á perder.

ESCENA V.

Los mismos, HELENA, CARLOS,
entrando por el fõdo.

HELENA. Querida Emilia (*se besan*), Dolorcitas.

Da. DOLORES. (*aparte*) Qué amablé! (*dirijiéndose á Helena*)
Qué linda viene Vd!

CARLOS. Vd. siempre cortesana misia Dolores.

EMILIA. Con cuanto gusto te veo Helena; llegas á propósito, espero por momentos unós vestidos, y quiero tomar para esta noche el que merezca tu aprobacion. Supongo que no dejarás de ir al Club?

HELENA. (*mirando á sumarido*) Pretende que no me podrá acompañar, que tiene no sé que negocio...

Da. DOLORES. Pretestos de celoso. Pues no faltaba mas! Privarla de una noche, como lo de hoy, y estando tan hermosa.

CARLOS. No he dicho resueltamente que nó, misia Dolores; he dicho que veremos.

Da. DOLORES. Como veremos! No señor, es menester que vaya.

CARLOS. Y los niños, Vd. no piensa en ellos señora?

Da. DOLORES. Los niños, que quede la nodriza con ellos, y y Felipa. Quiere Vd. acaso que Helena se envejezca de cansancio y de hastio cuidando siempre de ellos?

HELENA. Vd. exajera Dolorcitas.

Da. DOLORES. Qué exajero?

CARLOS. No envejece el amor de los hijos señora.

Da. DOLORES. Que no envejece, dice Vd. el tener en los brazos todo el santo dia y toda la noche á un muchacho que grita como un becerro, que hay que mudarlo á cada rato, que no deja comer, ni respirar á la madre un minuto siquiera?

CARLOS. Misia Dolores; yo pienso que la mujer que ama á sus hijos hace todo eso con placer.

EMILIA. Así me parece á mi tambien.

Da. DOLORES. Pero hija, qué entiendes tu de eso?

CARLOS. Dice Vd. bien Emilia, lo que envejece y fastidia no son los placeres del hogar, ni el cuidado de los hijos; son los placeres que se buscan fuera de casa, los paseos, los bailes, las cenas á deshoras. No tiene Vd. mas que echar la vista á la sociedad. Las que mas se pintan y acicalan son las que menos paran en su casa. El hogar doméstico es el verdadero invernáculo de toda mujer juiciosa y discreta.

Da. DOLORES. Jesus, y que antiguo está Vd! No parece Vd. un hombre del siglo, nadie diria al oírle sus ideas franciscanas que apenas tiene Vd. cuarenta años.

ESCENA VI.

Los mismos, CARMEN, con una porcion de cajas de vestidos, tocados, adornos y flores.

EMILIA. Aquí está Cármen.

Da. DOLORES Y HELENA. (*á la vez*) A ver, á ver. . . .

CARLOS. (*aparte*) Será mejor que me marche. Un hombre entre mujeres y cintas hace un tristísimo papel.

HELENA. (*abriendo una caja*) Ay que lindo!

CARLOS. (*aparte*) Volveré dentro de una hora (*saluda*) Misia Dolores.

Da. DOLORES. Que hermosa guarnicion!

CARLOS. [*volviendo á saludar*] Emilia....

EMILIA. Ah! este otro es mas elegante.

CARLOS. [*aparte*] No lo dije; ni mas ni menos que si fuera un perro. (*váse*).

CARMEN. Mire Vd. esta señorita.

HELENA. Jesus que antigualla, vendrá por equivocacion.

EMILIA. Este es el que me gusta á mí.

Da. DOLORES. Bravo, hija mia, tienes mi mismo gusto!

HELENA. Cuanto vale ese Cármen?

CARMEN. Este mil, ese dos mil, este tres mil y aquel cuatro mil.

LAS TRES. (*examinandola tela del de á mil*) Y es cierto tiene mucha vista; pero es muy sencillo.

CARMEN. Este de cuatro mil si es bonito.

Da. DOLORES. Precioso (*dirijiéndose á Cármen*) calla entrometida.

HELENA. Toma ese Emilia.

EMILIA. Es muy caro.

Da. DOLORES. Qué caro!

ESCENA VII:

Los mismos, el CORONEL entrando.

EL CORONEL. Si intefrumpo me retiro....

Da. DOLORES. Nada de eso, al contrario, dénos vd. su opinion, diciéndonos cuál de estos vestidos le gusta mas.

EL CORONEL. Señora! tan luego yo.

HELENA. No le parece á vd. que este de cuatro mil, es mas elegante que este de mil y que esos otros.

EL CORONEL. Señora, si en materia de gustos soy completamente reclusa; qué digo! una especie de ciego. No entiendo jota de modas, apenas conozco la nomenclatura de los colores modernos.

Da. DOLORES. Pero no le parece á vd. que ya que Emilia se

ha resuelto á ir al baile del Club, debe llevar un vestido digno de su apellido, no un traje de mil pesos, que se encuentra en cualquier tienda de la vecindad?

EL CORONEL. Para las jóvenes, me parece que lo mas adecuado es la sencillez. Nunca es mas bella la juventud como cuando ostenta sus galas, su modestia, su virtud entre el follaje de flores naturales y de vaporoso tul.

HELENA. Qué poético está vd. Coronel.

Da. DOLORES. Qué económico y prosaico, dí mas bien Helena.

EMILIA. Pero mi tia, el Coronel tiene su gusto, respetémoslo. Yo tambien estoy por la sencillez. Pero si á vd. le parece que . . .

ESCENA VIII.

Los mismos, LUIS.

UN CRIADO. (*entrando*) El Sr. D. Luis de Salazar.

Da. DOLORES. Qué fortuna! qué á *propos*, como dicen los franceses. Ahora verán vdes. como tenemos aliados, y derrotamos al Coronel. (*Dirijiéndose al criado*) Que pase adelante, pronto, háglo entrar.

LUIS. (*entrando*) Señoras, señorita, Coronel.

Da. DOLORES. Acérquese vd. D. Luis.

LUIS. Qué maremagnum de cajas, y qué lindos gustos y qué soberbias telas! Las conozco de lejos.

ESCENA IX.

Los mismos, NICANOR.

UN CRIADO. (*entrando*) El Sr. D. Nicanor Ochagavia.

Da. DOLORES. Otro aliado, (*acercándose á la puerta*) entre Vd. Sr. D. Nicanor.

LUIS. (*aparte*) Oh! prestigio del dinero.

EL CORONEL. (*aparte*) Qué Da. Dolores!

NICANOR. (*entrando*) Contintien Vds. ya veo que se trata de asuntos de gravedad.

HELENA. (*dirijiéndose á Emilia*) Como se conoce el hombre bien nacido y de sociedad eh?

EL CORONEL. (*aparte*) Qué ridícula escena!

Da. DOLORES. Veamos la opinion de Vds. Sr. D. Nicanor, Sr. D. Luis; el Coronel está fuera de combate.

LUIS. Daremos nuestro veredicto sin titubear.

NICANOR. Y con inglesa imparcialidad.

Da. DOLORES. Así me gusta. A ver Emilia, espon tú el caso.

EMILIA. Cedo el informe á Helena.

HELENA. - Acepto la personeria. Atencion señores: se trata de saber cuál de estos vestidos es mas digno de Emilia, mas moderno, mas elegante

Da. DOLORES. Este vale mil, este dos mil, este tres mil, y aquel cuatro mil.

HELENA. Cuál les gusta á Vds?

LUIS Y NICANOR. (*á una*) El color cañal!

LUIS. Sin disputa.

NICANOR. No se puede ni admitir discusion sobre el particular.

EL CORONEL. (*aparte*) Farsantes!

Da. DOLORES. Lo vé Vd. Coronel.

HELENA. Es el de cuatro mil, está Vd. derrotado.

Da. DOLORES. Pero derrotado ignominiosamente.

EMILIA. Mi tia, jenerosidad con los vencidos.

NICANOR. Donde han descubierto Vds. unos gustos tan nuevos?

LUIS. Son lo que se llama una verdadera *nouveauté*.

Da. DOLORES. No se lo decia á Vd. Coronel.

HELENA. No se lo deciamos á Vd.

EL CORONEL. Qué quieren Vds. señoras, cuestion de gustos. (*aparte*) de necio orgullo y de servil é indigna adulacion.

HELENA. No, de buen tofo diga Vd. mas bien Coronel.

Da. DOLORES. Eso es de *bon ton*.

LUIS. El caballero nace y el gusto se hace; el Corouel es de otra época,

EL CORONEL. (*aparte*) Triple necio! (*dirijiéndose á Luis con ironía*). El Señor tiene razon, el caballero nace, porque la dignidad no se compra, se la hereda.

Da. DOLORES. Pues no hay que hablar mas. Emilia, llevarás el de cuatro mil y un adorno que no le vaya en zaga. Por eso no hemos de ser menos ricas.

HELENA. Aprobado!

EMILIA. No quieren Vds. que nos sentemos?

HELENA. Yo no, querida Emilia, Cárlos tarda, sospecho que no vendrá, me voy.

Da. DOLORES. Tan pronto?

HELENA. Sí, tengo que prepararme.

Da. DOLORES. Eso es otra cosa, no pierda Vd. tiempo entonces.

EMILIA. Espero qué no faltarás?

HELENA. Pierde cuidado. (*se besan con Emilia*)

Da. DOLORES. Así me place oirla á Vd. No haga Vd. caso de su marido, si el no quiere ir, que se quede en casa. Pues no faltaba mas sino que habia Vd. de gastar su juventud meciendo chiquillos.

EL CORONEL. (*aparte*) Vaya unas máximas morales.

HELENA. Hasta esta noche Dolorcitas, caballeros (*saluda y váse.*)

Da. DOLORES. Como me gusta una mujer que no se deja dominar por su marido.

LUIS. (*aparte*) Vaya una vieja!

NICANOR. (*aparte*) Sopla con la tia que ha de haber sido brava como un huracan.

Da. DOLORES. Pero siéntense Vds. señores. (*siéntanse*)

LUIS. Con que al fin se resolvió Vd. Emilia?

EMILIA. Sí.

NICANOR. Y al teatro tambien?

EMILIA. Mi tia se ha empeñado, y es necesario obedecer.

Da. DOLORES. Pues ya se vé que sí. Capaces eran de crecer

que no iba por falta de palco, y desde que D. Luis nos proporciona el suyo, no veo porqué razon no hemos de disfrutar de la noche por entero.

NICANOR. Y luego que no siempre se oye en Buenos Aires un barítono como Celestino.

LUIS. Y una cantatriz como la Briol.

Da. DOLORES. Pobre Emilia, dejénla Vds. que goce, ya tendrá que sufrir y llorar cuando se case, sobre todo si tiene la desgracia de caer en manos de algun viejo regañon y avaro.

EL CORONEL. No son los viejos los que por lo comun hacen desgraciadas á las mujeres.

Da. DOLORES. Vd. no es voto Coronel.

EMILIA. Porqué no mi tia.

Da. DOLORES. Porque él no puede pensar en casarse

NICANOR. Quién sabe señora.

LUIS. El Coronel no es tan viejo.

EL CORONEL. (*aparte*) Necios!

NICANOR. (*aparte*) Esto vá largo, esperaré á la noche.

LUIS. (*aparte*) Me parece que pierdo el tiempo, esperaré hasta la hora de la ópera.

NICANOR. Y, acompañará Vd., Coronel, á estas señoras al teatro, ó quiere Vd. misia Dolores que venga yo en persona?

Da. DOLORES. (*aparte*) Què amable!

LUIS. Lo mismo digo yó, escuso repetirles á Vds. que estoy siempre á su disposicion.

EL CORONEL. (*aparte*) Necios!

EMILIA. Sí, el Coronel nos acompañará, no se incomoden Vds.

Da. DOLORES. (*con aire de reproche y dirijiéndose á Emilia*)
Calla niña por Dios, lo echarás todo á perder.

EL CORONEL. Como Vds. quieran, Emilia.

NICANOR. Entonces, me permitirán Vds. que me retire;
Misia Dolores, Emilia beso á Vds. los pies.
(*váse.*)

LUIS. Me parece que el tiempo se prepara, y que Vds. harian bien en aceptar mi carruaje.

EMILIA. Gracias Luis,

Da. DOLORES. (*aparte*) Jesús que niña!

LUIS. No lo ofrezco por cumplimiento sinó con la mejor voluntad.

EMILIA. Así lo creo; pero ya tenemos uno de alquiler.

Da. DOLORES. (*aparte*), Qué niña! qué niña!

LUIS. (*levantándose*) Como Vds. manden. Misia Dolores, hasta muy luego, Emilia no eche Vd. en olvido mi peticion; recorra Vd. su memoria; Coronel, beso la mano de Vd. (*vásæ.*)

CÁRMEN. (*entrando*) Esta carta, que manda el Sr. D. Nicánor.

Da. DOLORES. Pues si acaba de salir de aquí.

EMILIA. (*tomándola*) Es para Vd. mi tia.

Da. DOLORES. Léa Emilia, léa, á ver que novedad es esa que le hace escribirme á mí.

EMILIA. (*Mirando la carta*) Mi querida Sra. Dolores Quiñones.

Da. DOLORES. Y qué, no pone ñe Salcedo?

EMILIA. Sí, mi tia, pero como es tan largo. . . .

Da. DOLORES. Bueno, prosigue, veamos qué dice al fin.

EMILIA. (*Leyendo*) “Seria vd. tan buena, que aceptára mi carruaje para esta noche, diciéndome á qué hora debe ir, y quiere vd. que la acompañe quien queda de vd. con todo respeto y consideracion atento y seguro servidor

“*Nicanor Ochagavia.*”

Da. DOLORES. Pronto Emilia, contéstale que aceptamos el carruaje, y su compañía con él, añade qué á las ocho saldremos de casa. No quiero perder el primer acto del Trovador. Cuando una gasta su dinero debe ser para disfrutarlo bien.

EL CORONEL. Usted acepta el carruaje, misia Dolores?

Da. DOLORES. Pues ya se vé que sí, y tambien el brazo de D. Nicánor para Emilia; si antes no acepté su amable ofrecimiento fué porque estando presente D. Luis, cuyo palco vamos á ocupar, no me pareció decente, ni propio decirle en sus

barbas que nó. Pero desde que es tan fino que se incomoda en escribir, cómo rehusar?

EL CORONEL. Sin embargo.....

Da. DOLORES. Qué! pretenderia vd. que entráramos á Colon solas nuestras almas. Lucido papel haríamos! Lo primero que dirian es que nadie nos visita, que nos falta quien nos proporcione coche, que tenemos tal furor de teatro que aunque se caiga el ciclo nos largamos á pié por esos barriales de Dios sin mas reclinatorio que el brazo de vd.

EL CORONEL. No señora, no digo eso; pero tomaremos mas bien un coche de alquiler, y asi no deberán vdes. favores á nadie.

EMILIA. Dice bien el Coronel, para qué deber favores á nadie.

Da. DOLORES. Calla sobrina, te lo pido por última vez, déjame manejar estos títeres y verás que no nos pesa ni ahora, ni despues. Qué idea! Las personas de pró no ván al teatro acompañadas por amigos de confianza. Eso se queda para modistas y jornaleros. Toda señora casada debe tener siempre algun caballero á la moda, que recemplace á su marido, que, ocupado en sus negocios, no puede estar constantemente á las órdenes de su esposa. Lo mismo digo de las jóvenes. La que vá al teatro sola, dicen que no tiene mérito, que no es elegante, ni bonita, y en desprestijiándose, adios oportunidades, se queda para vestir santos. Sobre todo, esa es la moda francesa, y como ella dá tono no hay que replicar. Por eso he aceptado el palco de D. Nicanor; para que vean que Emilia tiene lo principal de Buenos Aires á su alrededor, que los jóvenes mas guapos y acaudalosos la siguen y obsequian á porfia; no por economizar cien pesos que los tira uña en cualquiera cosa.

EL CORONEL. Pero vd. no piensa en la murmuracion, misia Dolores.

Da. DOLORES. La murmuracion! Y de quién no se murmura? Conoce vd. alguna familia tan afortunada que no haya sido mordida hasta ahora por el diente maligno de la sociedad?

EMILIA. Ademas, teniendo una su conciencia tranquila.

Da. DOLORES. Dices bien, hija mia, la conciencia tranquila, hé ahí lo que se necesita; lo demas son vejezes, preocupaciones de jente rancia, que no ha frecuentado la sociedad. Sea virtuosa la jóven, cumpla con sus deberes la madre de familia, y no hay que tener miedo de las apariencias, que, como dice el proverbio con mucha sabiduria, engañan.

EL CORONEL. Me parece misia Dolores que vd. interpreta el adajio á medias. No son solo las malas apariencias las que engañan. Tambien engañan las que no lo son; engañan las buenas.

Da. DOLORES. Es vd incorrejible Coronel!

EL CORONEL. Así será; pero soy de opinion que á la madre de familia, á la viuda, á la jóven soltera celosa de su reputacion y de su honor, no les bastan la conciencia de su pureza y rectitud.

EMILIA. Y qué mas quiere vd. Coronel?

Da. DOLORES. Eso es, qué mas quiere vd?

EL CORONEL. La sociedad es lijera en sus juicios misia Dolores; cruel é implacable á veces, Emilia, en sus persecuciones contra la virtud. Así, la mujer que no quiera esponerse á enojosas y amargas censuras, es menester que junto con su recato salve las apariencias tambien. La virtud es un tesoro; pero tesoro que se empaña con mucha facilidad. Afortunada es sin duda la mujer que lo posee. Pero no basta ser virtuosa, en este pícaro mundo, es menester parecerlo así á los ojos de la sociedad.

Da. DOLORES. De manera que vd. quisiera que las damas anduvieran solas como hermanas de caridad?

EL CORONEL. No digo eso precisamente señora. Pero picn-

so que una señora casada, lo mismo que una jóven soltera dá menos pábulo á la crítica yendo sola, que acompañada por personas que solo tienen en ello el placer menguado de lisonjear su vanidad, llamando sobre sí las miradas de los que están en los balcones de los clubs ó en las puertas de los cafés, murmurando del prójimo, sumando y restando cómo es que fulana tiene palco y coche, cómo es que sutana no sale de la joyería de Favre y tiene cuenta en lo de Amoreti é Iturriaga.

Da. DOLORES. Acabe vd. por Dios Coronel! Y tú Emilia, pónle ése billete á D. Luis.

EL CORONEL. Y quéc, deveras vá Emilia á escribirle á D. Luis?

Da. DOLORES. Claro está que sí Coronel. Es acaso también alguna mala accion?

EL CORONEL. Parece, misia Dolores, que no conociera vd. su tierra, la sociedad en qué vive.

EMILIA. Pero Coronel, qué mal hay en que yo escriba cuatro líneas inocentes, que en nada me comprometen?

Da. DOLORES. Tienes razon, hija mia, ninguno.

EL CORONEL. Misia Dolores. . . .

Da. DOLORES. Por favor Coronel, deje vd. sus suspicacias para cosas de mas entidad; siéntese vd. un momento mientras tomo mi tapado, que tengo que salir, y si vd. no tiene algun quehacer me hará el favor de venir con migo. (*Dirijiéndose á Emilia*) Y tú, sobrina mia, despacha y escribe. (*Váse*).

EL CORONEL. Como vd. mande señora. (*aparte*) Qué falta de sentido comun, que ceguedad!

ESCENA X.

Los mismos menos Doña DOLORES.

EMILIA. (*Que se habrá puesto á escribir, leyendo*). “Nicanor: Mi tia me encarga diga á vd. que aceptamos el carruaje y el brazo de vd. á las ocho. Emilia Lerma y Pereda.”

EL CORONEL. Emilia?

EMILIA. Coronel.

EL CORONEL. Quiere vd. concederme un favor?

EMILIA. Con mucho gusto Coronel.

EL CORONEL. No envíe vd. esa carta, rómpala vd.

EMILIA. Por qué Coronel?

EL CORONEL. Porque no es propio que una jóven hermosa, cuyas pisadas siguen anhelosos veinte adoradores le escriba un billete, por inocente que sea, á un hombre soltero, jóven, buen mozo, que si no es rico gasta lujo.

EMILIA. Qué mal hay en ello? Es un billete insignificante

EL CORONEL. Insignificante en sí mismo, es verdad. Pero no insignificante por el uso que de él puedan hacer.

EMILIA. Es vd. muy desconfiado Coronel, y deveras que no se me ocurre qué mal uso podrán hacer de un billete en el que hablo á nombre de mi tia. Además, D. Nicanor es un caballero!

EL CORONEL. No digo que nó. Pero suponga vd. un momento que D. Nicanor mostrára ese billete.

EMILIA. Que lo muestre, quien lo lea verá desde luego que es un papel sin valor. He escrito tantos así!

EL CORONEL. Y si no lo dá á leer; si solo muestra la letra á la distancia ó la firma, el nombre de vd.?

EMILIA. No se me ocurre qué objeto pudiera tener en ello?

EL CORONEL. Ay Emilia, qué injénua y candorosa es vd.!
Vd. no comprende qué allí donde el engaño y la malicia no alcanzan,—alcanzan el orgullo impío, la infame y villana presuncion de hacer aparecer lo que no existe en realidad.

EMILIA. Mi conciencia está tranquila Coronel. Vd. me ofende con sus sospechas; es vd. un escéptico, que todo lo vé al travez de un prisma de perfidia é iniquidad.

EL CORONEL. (*Con amargura*) No confunda vd. la esperiencia, el conocimiento del mundo con el escepticismo. Cree vd. que si yo no creyera en la virtud le hubiera hablado á vd. el lenguaje del amigo leal, del soldado de corazon, solicitando su mano, para depositar en vd. mi reposo y mi honor?

EMILIA. (*Con pena*) Mi mano! (*Aparte*) Pobre Coronel!

EL CORONEL. Emilia, en nombre de la palabra empeñada anoche por vd. no envíe vd. ese billete. Algo mas, no vaya vd. con D. Nicanor á Colon. Vaya vd. sola con su tia. Se lo suplico á vd. de rodillas á sus piés. (*híncase.*)

ESCENA XI.

Los mismos, Doña DOLORES entrando.

Da. DOLORES. Qué veo! Estoy soñando! Vd. Coronel á los piés de mi sobrina!

EL CORONEL. (*Levantándose*) Misia Dolores, protesto á vd. que....

EMILIA. Mi tia, el Coronel....

Da. DOLORES. Que desengaño! qué desengaño, señor Coronel
Ay! á mí me vá á dar algo. (*cae en un sillón*)
Qué sofocacion! Quién lo hubiera sospechado!

EL CORONEL. Tranquílcese vd. señora; juro por mi honor que....

Da. DOLORES. Quite vd. Coronel! Emilia! Emilia!

EMILIA. Mi tia!

Da. DOLORES. Jesus! Jesus!

EMILIA. Cármen! Cármen! agua! agua fria. (*Al Coronel*)
Retírese vd. Coronel, yo esplicaré á mi tia lo
ocurrido, y la tranquilizaré.

(*Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el tocador de Emilia, alhajado sencillamente, ventana al fondo.

ESCENA PRIMERA.

Da. DOLORES, muy emperifollada, EMILIA terminando su tocado, CARMEN arreglándole los adornos de la cabeza.

EMILIA. Malhaya el teatro, que en estos apuros me pone!

Da. DOLORES. Recuerdo el refran favorito de un rey de Francia, sobrina, que creo se llamaba Nabucodonosor,—vísteme despacio que estoy de prisa.

EMILIA. Jesus Cármen, que torpezal Pon un espejo detrás, yo misma me haré ese lazo.

CÁRMEN. (*poniendo un espejo detrás de Emilia*) Aquí está señorita.

EMILIA. (*mirándose*) A ver mi tia, qué le parece á Vd?

Da. DOLORES. (*mirando cuidadosamente el peinado de Emilia*). La castaña está bien hecha. Pero las perlas no están bien entrelazadas. Póulas menos juntas Cármen.

CÁRMEN. (*acomodando las perlas*) Así?

EMILIA. Qué inutilidad! No he visto ente como tú! A ver mi tia si Vd....

Da. DOLORES. (*acercándose y acomodándola*) Así queda bien. Ahora pronto, el collar de brillantes.

EMILIA. El que compró Vd. ayer?

Da. DOLORES. Sí pues.

EMILIA. Si no me gusta mi tia.

Da. DOLORES. No lo dije; mal hice en descubrirte el secreto, ya les has tomado aprehension.

EMILIA. Pero si es falso mi tia.

Da. DOLORES. Falso! vaya una novedad! Te imaginas acaso que es oro todo lo que reluce; crees que alguien te lo vá á conocer?

EMILIA. Y si lo conocen mi tia?

Da. DOLORES. Las unas dirán que es falso. Las otras contestaran que nó, que es envidia de las feas que no te pueden imitar, que no hay sino ver el brillo, el color de las piedras, que ellas nunca se engañan. Y puede ser que el tuyo que es falso pase por fino, y que muchos finos llevados por feas pasen por falsos. Así es el mundo sobrina!

EMILIA. Eso es hacer el papel de una actriz, mi tia.

Da. DOLORES. Ay, Emilia y que poco conoces la sociedad! Hasta cuando quieres que te diga que el mundo es un teatro en el que cada cual tiene un papel que representar, con arreglo á su sangre, á sus antecedentes ó su posicion?

EMILIA. Y los que han nacido bien y son pobres mi tia?

Da. DOLORES. Es menester que á toda costa oculten su situacion, si no quieren que los desdeñen y desprecien. Qué salven las apariencias como Dios les ayude. Ya me lo has oido sobrina. Lo que importa es que la sala esté convenientemente amueblada, que el aposento se vea de lá calle, de manera que en abriendo las ventanas luzcan las cortinas de la cuja, y el espejo y el mármol del lavatorio y del tocador. El comedor poco importa, en el interior de su casa cada cual vive como le dá la gana. Ademas que el comer mucho es de glotones, prosaico y si me apuras brutal. Pues no me habia yo de privar de oír á la Briol por comer bien. Las principa-

les familias viven así, y no les faltan visitas, y asisten á los teatros, y á todas las *soirées*. Todo el mundo no tiene los millones de Anchorena ni las onzas de Lezama.

EMILIA. Y despues se enojan si les dicen, por arriba facha y por debajo hilacha.

Da. DOLORES. Pero se divierten y gozan, y todo el mundo las busca y las festeja, y los ajentes estranjeros y los oficiales de marina, jente noble toda, solicitan su relacion, y ellos contribuyen á darles importancia, y así se produce efecto deseado, y como decia Balbastro, la murmuracion pasa y el proveho queda en casa.

EMILIA. Pues trae Cármen el collar!

Da. DOLORES. Y chiton, ña Carmecita!

CÁRMEN. Señora, he servido en las casas principales, y conozco mi deber. (*Aparte*) En cuanto se vayan se lo cuento á Felipe. Orgullosas!

EMILIA. (*Poniéndose el collar*) Está bien así.

Da. DOLORES. Perfectamente, mas date prisa hija mia, que las doce están al caer, y hace media hora que D. Luis y el Coronel esperan en el salon.

EMILIA. Préndame vd. mi tia esta rosa en el pecho. (*le dá una rosa*).

Da. DOLORES. Una rosa del tiempo! No sobrina, no hace juego con el collar; pónte un prendedor que llame la atencion. Esa rosa pónla mas bien aquí, (*se la pone en el medio del seno*). Y ahora vamos.

EMILIA. No sé que abanico llevar!

Da. DOLORES. Abanico! y para qué, para dejarlo en un rincon y que corra burro. Vamos, así, así estás muy bien. Y óyeme antes de salir. (*Hablan de modo que Cármen no oiga*) Trátalo bien á D. Nicanor, no vayas á hacer alguna niñería. Mira que su tio le protege, y que me consta que tiene veinte mil ovejas en el Pilar. Sigue mis

consejos, y si esta noche no te dice que te ama y te hace una declaracion, que me rapen á navaja. (*Vánse.*)

ESCENA II.

CARMEN, sola.

CÁRMEN. Anda, vieja presuntuosa y superficial! Así son todas estas señoronas. Mucho de teatro, mucho de ópera, mucho de bailes, mucho de pasèos, y quién las vé en su interior. Comen una olla mal hecha, y un asado que de flaco no se puede ver. Y de postre, déle mate, y embrómese vd. yendo y viniendo á la cocina. Y oigalas una despues con calma, decir delante de las visitas: cuándo se acabará esta costumbre del mate tan vulgar. Mejor seria que en lugar de tanta bambolla tuvieran mantel mas limpio y sábanas lavadas con mas prolijidad. Por eso me gustan los ingleses. En sus casas sí que se puede servir. Todo está limpio como un espejo, y no andan escasas las papas, ni la carne, ni el pan. Llaman á comer con campanilla, y cuando llueve salen en coche. No hacen lo que Da. Dolores cuando tenia carruaje, que en habiendo barro no se movia de casa por no ensuciarlo. Pero no perdamos tiempo, y ya que la vieja y la niña se han marchado aprovechemos la noche. Me pondré algunas alhajas de la señorita; esta roseta, este prendedor (*se los pone y se mira*) A ver un pañuelo fino (*toma uno*) y agua de olor dela que le regala D. Luis, y un tocado bonito (*se pone uno*). Ahora, Cármen, veamos qué tal estás. (*se mira al espejo*) Regular, regular. Y á dónde iré?... (*meditando un momento y con intencion*). No, una muchacha soltera debe te-

ner juicio; iré mas bien á la Academia de Gomez, que es una casa formal. (*vá á salir y en ese momento se oye el ruido de un carruaje*). Santa Tecla! Algo ha olvidado la señorita, y vuelven por ello. (*se quita de prisa el tocado, esconde el pañuelo y finje que acomoda*). No lo dije, (*coje unos guantes de sobre el tocador*) los guantes!

ESCENA III.

La misma, Da. DOLORES, EMILIA.

Da. DOLORES. Qué cabeza de niña!

EMILIA. Con la prisa mi tia . . .

Da. DOLORES. Si en todo he de pensar yo.

CÁRMEN. Los guantes señorita?

EMILIA. Sí, trae acá.

Da. DOLORES. Vamos, y que se te olvida otra cosa.

EMILIA. Nada mi tia.

Da. DOLORES. Y el abanico?

EMILIA. Pero mi tia no me dijo Vd. antes que era mejor no llevarlo, que mese podia perder.

Da. DOLORES. Cierto, pero he reflexionado. El abanico es un accesorio importante si se le sabe explotar. Oh! en mi tiempo el abanico hacia un gran papelon.

EMILIA. Y, lo llevo ó lo dejo tia.

Da. DOLORES. No hija mia llévalo; si alguien se te enfada por alguna de esas pequeñas inconsecuencias que tan bien le sientan á una jóven de tu edad, en quien la coqueteria es una gracia mas, le das el abanico para que te lo cuide, y con eso le haces dichoso un momento, y le quitas el mal humo. Pero vamos, vamos pronto, no se imaginen que entramos tarde por darnos aires.

EMILIA. (*mirándose al espejo*) No se me ha desacomodado nada mi tia.

Da. DOLORES. (*mirándola*) Nada hija mia, estás espléndida. Cármen, cierra bien todo, arregla este desorden y en terminando á dormir. Cuidadito, que nada se me escapa á mí. (*vánse*)

ESCENA IV.

CARMEN, sola.

CÁRMEN. Qué contratiempo! Tener que acomodarme de nuevo. Como no se les ocurra otra cosa. Ya se vé, el que no está hecho á bragas las costuras le hacen llagas. Olvidarse de los guantes, de lo principal, já! já! já! (*Busca*). Con el susto no sé donde eché el tocado, Virgen de Lujan, y que tremolina se arma si me pilla Da. Dolores. En el acto sospecha! y adios acomodo! Felizmente no son colocaciones las que le faltan á una muchacha de juicio como yo, que puede presentar excelentes recomendaciones. Ponámonos el tocado. (*se lo pone y se mira al espejo.*) Y que tarde será ya. No habrá una alma en la Academia. (*llaman á la ventana.*)

ESCENA V.

CARMEN, RUFINO en la ventana.

CÁRMEN. (*alarmándose*) Otra vez! (*llaman mas fuerte*)
Quién es?

RUFINO. Yo soy.

CÁRMEN. Vaya una costumbre tonta! Yo soy; pero quién es Vd.

RUFINO. Rufo, qué! no reconoces mi voz?

CÁRMEN. Sí, no hay nadie.

RUFINO. Y tú, no estas ahí?

CÁRMEN. No, he salido.

- RUFINO. Vamos Cármen de mi vida, abre por Dios! que tengo que entregarte un billete de D. Nicanor.
- CÁRMEN. A estas horas un billete. Perdona hermano por el amor de Dios.
- RUFINO. Mira que echo la ventana abajo (*golpea muy fuerte*)
- CÁRMEN. Si sigue Vd. dando esos golpes, llamo al sereno y
- RUFINO. Ingrata!
- CÁRMEN. Vuelva Vd mañana.
- RUFINO. Pérfida.
- CÁRMEN. Quiere Vd. irse, y no escandalizar.
- RUFINO. Me quedaré aquí toda la noche.
- CÁRMEN. Repito que no he abrir, estoy acostada ya (*aparte*) Así se irá!
- RUFINO. Y acostada nada menos! Abre Cármen, abre por Dios.
- CÁRMEN. Está Vd. loco Rufino, y es así como me quiere? •
- RUFINO. Me voy, viene el sereno; pero en pasando volveré.
- CÁRMEN. Buenas noches! (*aplicando el oído á la ventana*) Se marchó.
- UN SERENO. (*cantando como gallego*) *Las doce y media y sereno.*
- CARMEN. Las doce y media yá. Pues no hay que hacer, me quedo, es tardísimo, dormiré bien, y Dios bendiga el olvido de la señorita Emilia que . . . me ha quitado de la cabeza una mala tentacion.
-

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

•

ACTO TERCERO.

Aparecen las antesalas del Club del Progreso, se oye música interiormente. (1)

ESCENA PRIMERA.

LUIS, entrando con algunos concurrentes.

LUIS. Según parece, el baile estará esta noche mas animado que por lo regular.

1.º CONVIDADO. Y que mesa ha puesto Lauciani eh!

2.º CONVIDADO. Yo vengo solo por ella; ya le he puesto los puntos á un pavo trufado. Qué diantre, comer es vivir.

LUIS. Es Vd. socio?

2.º CONVIDADO. No; (*con malicia*) pero he conseguido una tarjeta de transeunte.

1.º CONVIDADO. La mia la debo á la amabilidad de cierta dama que....

LUIS. (*aparte*) Botarate! (*dirijiéndose á los demas*) Y, quién es ella. Echela Vd. á luz, hombre!

2.º CONVIDADO. Caballeros! atencion que viene hácia aquí una beldad.

1.º CONVIDADO. Quién és?

LUIS. (*separándose del grupo*) Ahora, lo sabran Vds. voy á hablarla.

2.º CONVIDADO. Vamos al salon Emiliano?

1.º CONVIDADO. Vamos che! (*vánse.*)

(1) Se tocarán unas cuadrillas tomadas de la Opera Marta, y el diálogo entre Luis y los convidados no comenzará sino despues de un momento de levantado el telon.

ESCENA II.

LUIS, Da. DOLORES del brazo del Coronel,
EMILIA del brazo de NICANOR, HELENA entrando por la derecha con aire de enfado.

DA. DOLORES. Helena! así me gusta, y solita! Qué monada!
Estás elegantísima hija.

HELENA. Ay Dolorcitas! déjeme Vd. Estoy rabiando.
Pues no vé Vd. que no hay quien reciba á las señoras. He venido sola, y no tengo quien me lleve al salon.

EL CORONEL. (*aparte*) Paga tu indiscrecion; aunque mayor castigo merecias por faltar á tus deberes de madre y de esposa.

DA. DOLORES. Qué desorden! Pero que no habrán nombrado comision que reciba á las señoras casadas, que vengan solas? Mira Emilia, qué te parece lo que te decia; si para que yo caiga en una....

LUIS. Tome Vd. mi brazo, señora (*le dá el brazo*).

DA. DOLORES. Entremos?

HELENA. Cuando Vd. quiera.

DA. DOLORES. Sí, entremos, entremos (*acercándose á Emilia*)
no mires á nadie al pasar, háste la distraida, finje que tropiezas. (*vánse*).

ESCENA III.

1.º y 2.º Convidados, entrando.

1.º CONVIDADO. Allí van che!

2.º CONVIDADO. Vamos á verlas de cerea.

1.º CONVIDADO. Quién será?

2.º CONVIDADO. No la conozco, ni de vista. (*vánse*)

ESCENA IV.

LUIS, entrando.

LUIS. (*leyendo*) “Luis: Bien disimula Vd. su impaciencia” . . Y tú, tu coquetería. . Quién había de imaginarse que bajo esa capa de inocencia se ocultara la mas cómica y falaz de las mujeres! Ofrecerme en el teatro el primer vals, y decirme ahora, hace un minuto, delante de mas de veinte personas: perdone Vd. Luis,—y Luis con toda familiaridad! había olvidado que tenía un compromiso antiguo con Nicanor; bailaré el segundo con Vd. Y tan luego con Nicanor. Ochagavía, cuyos antecedentes se reducen á tener un tío rico y veinte mil ovejas. Estoy ciego de coraje! Ya se vé, la habrá hecho algunos regalos, habrá adulado á la vieja, y como yo no tengo veinte mil ovejas, ni he vuelto de París mas nocio de lo que me fuí, preguntando como se dice *gant* en español, contestando *la la* cuando me preguntan como me va, y al mozo llamándole *garçon*, no merezco que la señorita Emilia, la reina de los salones, me cumpla una oferta hecha apenas ha dos horas. Oh Emilia! tú no me conoces; me la pagarás, si me la pagarás, y me la pagarás con intereses. (*Siéntase y medita*).

ESCENA V.

El mismo, el Coronel.

EL CORONEL. Qué torbellino! El baile está hermoso; pero el conjunto de reflexiones que me sujere apesar mio, no me permite participar de la animacion jeneral. Cuanta pasion pequeña en juego! Cuantos afectos tiernos parodiados! Cuantos

que no habrán comido por comprar guantes, y ponerse una camisa recién planchada. Y vosotros; oh maridos! eternos carneros de los salones, que papel tan lastimoso haceis. Cuando os rebelareis contra ese abuso que echa á vuestras mujeres en brazos de veinte candidatos advenedizos. En buen hora que dancen con vuestros amigos íntimos, con aquellos de quienes no podeis dudar. La danza es hijiénica, lo sé. En cuanto á esos otros impertinentes, pienso que es necesario vedarles el acceso á vuestras mujeres. Los que no os conocen con qué derecho se acercan á ellas? Qué es lo que en un baile quiebra las vallas del decoro y de las conveniencias sociales? No veis qué clase de sentimientos les guia hácia vuestras mujeres? Estad un momento el aire de triunfo con que se pasean estrechando su brazo! Y mientras ellas, arrebatadas por las armonias de la música se dejan conducir violentamente por entre una vorajine de parejas, observad sus fisonomias. Insensatos! No veis que con su imaginacion violan un tesoro, que llevan sus ojos donde el pudor de vuestras mujeres no lo sospecha siquiera! Oh farsas sociales de cuyas comparas yo he hecho parte también en mi juventud! cuando acabareis? Será posible, que tú también me engañes Emilia?

LUIS. (*aparte, y saliendo de su meditacion*) Y, se estarán riendo de mí!

EL CORONEL. No sé como esplicarme su conducta con D. Nicanor y D. Luis. Será una indiscrecion de sus pocos años, un consejo de su tia, ó un ensayo de insidiosa coqueteria?

LUIS. Coqueta!

ESCENA VI.

Los mismos, 1.º y 2.º Convidados.

1.º CONVIDADO. Y bien Sr. D. Luis, no nos saca Vd. de la curiosidad diciéndonos quien es la bella desconocida de hace un rato?

2.º CONVIDADO. Todas las miradas están fijas en ella, los leones se la disputan y las mujeres observan de reojo su magnífico collar. Qué brillantes!

1.º CONVIDADO. Son divinos!

2.º CONVIDADO. Ahí quedan discurriendo varios sobre el valor de ellos. Cierta dama que es de parecer que son falsos, dice que es menester no afirmarlo.

LUIS. Qué falsos! no!

2.º CONVIDADO. Añade, que la que diga que son falsos ha de ser tachada de envidiosa, aun participando las demás mujeres de su opinion.

LUIS. Como conoce el paño!

1.º CONVIDADO. Otra dama ha insinuado que debe ser regalo de un tal Nicanor Ochagavía.

LUIS. Puede ser.

EL CORONEL. (*aparte*) De quién hablan estos buitres del ambigú?

2.º CONVIDADO. Así me parece á mí.

1.º CONVIDADO. Y á mí, aunque ni de vista conozco á ninguna de las dos.

LUIS. Felicítese vd. de ello.

2.º CONVIDADO. Por qué?

1.º CONVIDADO. A ver, cuéntenos vd. eso.

LUIS. Porque es una paloma con corazon de harpía.

2.º CONVIDADO. Es falsa.

LUIS. Falsísima.

1.º CONVIDADO. Variable.

LUIS. Como el viento.

2.º CONVIDADO. Luego la conoce vd. íntimamente?

1.º CONVIDADO. A fondo, eh?

LUIS. Sí, por mi mal, dígalo sino.....

2. CONVIDADO. Su bolsillo de vd. quizá?

LUIS. No, este papel.

1º CONVIDADO. Una prueba auténtica, irrefragable.

2º CONVIDADO. Léalo vd.

LUIS. No, les mostraré á vds. la firma, y eso, si me dan vds. su palabra de no decir que han visto un billete de ella en mi poder.

2º CONVIDADO. Desde luego, (*aparte*) lindo asunto para la crónica de mañana.

1º CONVIDADO. Descuide vd. (*aparte*) qué efecto voy á hacer con esta habladuría.

LUIS. Pues lean vds. (*dobra el billete de manera que solo se vea la firma*).

1.º Y 2º CONVIDADO. (*á la vez*) Emilia Lerma y Pereda!

EL CORONEL. Señor D. Luis de Salazar, sois un miserable, un mal caballero, un bajo y ruin calumniador.

LUIS. Está Vd. loco, Coronel?

EL CORONEL. Os repito que sois un calumniador, y os arrojó mi guante (*le tira el guante*).

LUIS. Vuestra provocacion pide sangre al momento.

EL CORONEL. En el acto.

LUIS. Dentro de diez minutos.

EL CORONEL. En la playa, frente á donde caían las rejas de los calabozos del fuerte.

LUIS. Armas:

EL CORONEL. Las que lleveis.

LUIS. Testigos.

EL CORONEL. Son inútiles; para matarse basta Dios.

LUIS. Sin embargo....

EL CORONEL. Haced lo que querrais. Os espero. (*váyase*)

ESCENA. VII.

Los mismos menos el Coronel.

LUIS. Caballeros! me harian Vds. el especial favor de ayudarme en este lance desagradable é inopinado?

1º CONVIDADO. Con muchísimo placer.

2º CONVIDADO. Cuente Vd. con migo.

LUIS. Entonces, hasta de aquí diez minutos, ya oyerou Vds., en la playa. (váse)

1º CONVIDADO. No faltaré (*aparte*) á la cena.

2º CONVIDADO. Dentro de un momento nos veremos (*aparte*) las caras con el pavo trufado.

1º CONVIDADO. Vamos chée?

2º CONVIDADO. Si vamos.

1º CONVIDADO. No veo la hora de relatar la aventura..

2º CONVIDADO. Y quien será el Coronel?

1º CONVIDADO. Pero hombre, su padre; quién ha de ser sino el Coronel Lerma y Pereda?

2º CONVIDADO. Hombre, si murió hace que sé yo que tiempo!

1º CONVIDADO. Eh! el nombre no significa nada; lo gracioso es el episodio. Qué efecto vá á hacer che!

2º CONVIDADO. Y el otro que nos espera, já! já! ja! (váanse.)

ESCENA VIII.

EMILIA del brazo de NICANOR.

NICANOR. Por compasion Emilia ¿me amaré vd?

EMILIA. Y me lo pregunta vd. despues de haber visto como he desairado á Luis. Cree vd. que si no comenzára á brotar en mi corazon un sentimiento tan parecido al amor, que casi se le confunde con él, cree vd. que habia de haber estado casi toda la noche del brazo de vd. llamando la atencion de todo el mundo, dando lugar á una justa y motivada murmuracion?

NICANOR. (*arrodillándose*) Emilia! Emilia! Los instantes son preciosos, estamos solos, la cena absorve á todos los convidados, dígame vd. si me ama, si me amaré al menos, y permítame vd. que imprima un beso en esa mano (*le toma la mano.*)

EMILIA (*retirándola*) Nicanor! alce vd.; ne oye vd. que

viene jente por la galeria? Alce vd., no me comprometa por Dios!

NICANOR. No, Emilia; déjeme vd. morir á sus piés, si no ha de concederme esta insignificanté prueba de amor.

EMILIA. Nicanor, por piedad! tenga vd. lástima de mí.
Mis sentimientos son sincéros; pero si nos vieran.

NICANOR. Quién ha de vernos Emilia (*intenta besarla.*)

EMILIA. No! nunca, jamás, déjeme vd. Nicanor! (*se retira*)

ESCENA IX.

Los mismos, Da. DOLORES CON HELENA

Da. DOLORES. (*aparte*) Están turbados. No hay duda. Emilia ha seguido mis instrucciones; cayó el pájaro en la red, cayó. (*dirijiéndose á Emilia y Nicanor*) Vds. por aquí. Un cuarto de hora hace que te buscamos.

NICANOR. Emilia se ahogaba en el salon, y quizo tomar el aire de la galeria.

HELENA. Qué imprudencia!

Da. DOLORES. Eso es tener ganas de contraer una enfermedad.

EMILIA. Si estaba tan fatigada.

HELENA. Has bailado tanto.

Da. DOLORES. Vamos pues al ambigú; tengo un hambre que no veo.

EMILIA. Cuando vd. quiera mi tia.

HELENA. Siento una debilidad que no puedo tenerme de pié.

Da. DOLORES. Una tasa de caldo la entonaré á vd. Vamos, vamos, antes que se acaben las *mayonesas*, y á ganar los mejores asientos.

EMILIA. Jesus mi tia, cualquiera que no nos conociera creeria que no hemos comido.

Da. DOLORES. Calla Emilia! Eso de disimular el hambre

en los banquetes es de mal tono, ya no se usa dejar nada en el plato, ni pasar bocaditos con el tenedor. No vayas á hacerlo.

NICANOR. (*Sonriéndose*) Tiene razon misia Dolores, tiene razon.

HELENA. Pero no podemos ir solas á la mesa, vamos antes al salon; allí habrá algun amigo que nos dé su brazo. (*Vánse.*)

ESCENA X.

El Coronel, muy pálido.

EL CORONEL. Disimulemos que estoy herido. El miserable calumniador lo está tambien, y espero que en adelante hablará con mas mesura del honor de las mujeres. Pobre Emilia! tan jóven, tan suave, tan pura, y ya su nombre es el tema de las hablillas de infames ó insustanciales mozalvetes. No tiene ella la culpa no, sino su loca y mal aconsejada tia, cuyas ideas de boato y furor de figurar la lanzan prematuramente en estos torbellinos de lujo y disipacion (*siéntase*). Mi corazon me lo anunciaba esta tarde cuando de rodillas la decia: "no escriba vd. ese billete Emilia, no lo envíe vd" . . . Qué hacer? No se respira una atmósfera mal sana sin que las ideas se inficionen, y corrompidas las ideas ¡ay del corazon de una mujer! Viviremos en el campo. El aspecto constante de la naturaleza purifica y ennoblece los corazones. (*levántase y mira hácia los salones*) La perspectiva del salon ha cambiado. Es la hora de la cena. Los gastrónomos cuya vanidad ha podido mas que sus estómagos, se desquitan de algunos dias de abstinencias. Dichosos seres!

ESCENA XI.

El mismo, Doña DOLORES, HELENA, EMILIA del brazo de NICANOR.

Da. DOLORES. Al fin se le halla á vd. Coronel. Qué misantropía es esa que no se le ha visto á vd. sino un instante en el salon.

NICANOR. No cena vd. Coronel, nosotros lo hemos hecho en un verbo.

EL CORONEL. (*aparte*) No puedo sufrir á este hombre. ¡

EMILIA. (*aparte*) Qué pálido está. Qué tendrá?

EL CORONEL. No tengo costumbre.

HELENA. Hay un caldo exelentísimo.

EL CORONEL. No digo que no; pero es contra mi costumbre.

Da. DOLORES. Entonces nos iremos. Acabo de oír al sereno cantar las cuatro y media: Qué dices Emilia?

EMILIA. Cuando vd. quiera, mi tia.

Da. DOLORES. Ya no hay que hacer aquí; las personas de buen tono comienzan á retirarse, la mesa va quedando desierta con increíble rapidez, y luego, no es hijiénico que el aire frio de la madrugada pase por el rostro de una jóven que ha trasnochado.

HELENA. Pues vámonos.

EL CORONEL. Estoy á la disposicion de vdes. señoras.

NICANOR. Pasaremos al tocador?

Da. DOLORES. Coronel, el brazo de vd.

EL CORONEL. [*dándoles su brazo*] Misia Dolores, señora Helena.

Da. DOLORES. Qué noche! qué noche hemos pasado. Ningun baile ha estado como este, qué animacion, qué buen gusto en todo, y con qué gracia me saludó el Sr. Presidente al pasar, vieron vdes.? Y el Sr. Gobernador, y el Cónsul de los Países Bajos el Sr. Palavccino, pues, el marido de la de....

EL CORONEL. Ya....

Da. DOLORES. Y el Diputado por Corrientes....

EL CORONEL. Sí....

NICANOR. Son muy atentos esos caballeros.

Da. DOLORES. Eso digo yo. No sé como dicen que este Sr. Presidente gobierna mal siendo tan amable.

EL CORONEL. Cuestion de gustos, señora, como el cenar que á vd. le gusta y á mi no.

Da. DOLORES. Siempre lo he dicho, no hay como contentar á los hijos del país.

NICANOR. A los porteños querrá vd. decir señora?

Da. DOLORES. Sí, eso es, yo siempre me olvido de que los provincianos son hijos del país.

NICANOR. A que en Jujuy no se quejan.

Da. DOLORES. Ya lo creo, qué se han de quejar.

EL CORONEL. Eh! está tan lejos señora. [*Vánse.*]

ESCENA XII.

1º y 2º convidados, con gabanes y bolsillos abultados.

1º CONVIDADO Pues chico, esto toca agonía, y me parece prudente que nos váyamos.

2º CONVIDADO Cuando quiera, tenemos aun cuatro horas para dormir, hacer una buena dijestion, y levantarnos mañana frescos como una escarola.

1º CONVIDADO Que baile Anselmo, eh!

2º CONVIDADO Dí que cena mas bien.

1º CONVIDADO Qué tal, como ha ido de merodeo en el ambigú.

2º CONVIDADO Así, así, (*saca un medio budin del bolsillo de la derecha y masitas en profusion del de la izquierda.*) Qué te parece?

1º CONVIDADO Yo he sido mas positivo que tú, llevo pavo, jamon, *sandwiches* y.....(*saca del bolsillo interior del gaban una gran cantidad de cigarros habanos.*) habanos.

2º CONVIDADO Y de los de á seis.

- 1º CONVIDADO Viva el merodeo!
2º CONVIDADO Viva la Comision del Club, que no escasea
las invitaciones á los transeuntes.
1º CONVIDADO Que no se han movido jamás de la ciudad.
2º CONVIDADO Viva Lauciani!
1º CONVIDADO Y los velorios, y los entierros, y los fu-
nerales!
2º CONVIDADO Vivaaaa!!!

Vánse.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

(La misma sala del primer acto.)

ESCENA PRIMERA.

Doña DOLORES, EMILIA,

Da. DOLORES. Qué tal hija? te has respuesto de las fatigas de anoche?

EMILIA. Sí, mi tia, pero tengo un remordimiento, que me mortifica y me llena de rubor. Se lo diré á vd.; es el desaire que le he hecho á Luis por Nicanor, faltando á la consecúencia que debo al Coronel mientras no le desengañe.

Da. DOLORES. Dale con el Coronel. Ya he dicho que ese casamiento es un sueño, una quimera, qué digo! un disparate sin pies ni cabeza, que no he de consentir. Hoy mismo es menester decirle sin rodeos la verdad, y si se enfada la culpa será suya que ha tenido el mal sentido de poner sus ojos en una niña como tú. En cuanto á Luis, es un muchacho elegante que vive bien; pero no tiene fortuna. Poco importa el desaire que le has hecho. Ya se le pasará el enojo. Lo que ahora nos cumple hacer, es ver como D. Nicanor viene al terreno en que toda mujer prudente debe colocar al hombre que la galantea. Cuéntame lo que te ha dicho.

- EMILIA. Tonteras, que estaba bonita, que en la cabeza me hacia falta un adorno de mas lujo, y que.....
- Da. DOLORES Y qué, á ver, no me ocultes nada, nada sobrina. Si yõ no estoy al cabo de todo, no respondo del éxito de mi plan.
- EMILIA. Me dijo claramente que me amaba y me quiso....
- Da. DOLORES Y te quiso qué.....?
- EMILIA. Me quiso.....
- Da. DOLORES. Ácaba, que me das miedo.
- EMILIA. Me quiso besar.
- Da. DOLORES. Y te dejaste, imprudente!
- EMILIA. No, mi tia, no, en ese momento entraron vds.
- Da. DOLORES. Ah! bien. No fué poca felicidad.
- EMILIA. Sí, porque ya me habia tomado la mano, y si vds. no llegan á tiempo quien sabe.....
- Da. DOLORES. Eh! no se habria perdido todo.
- EMILIA. Esta mañana al despedirse me dijo, que hoy á las tres de la tarde vendria á hablar con vd.
- Da. DOLORES. Bravo! ya tragó el anzuelo. No digo que en estos trotes soy ducha. Te casarás, te casarás con él, te lo aseguro.
- EMILIA. Pero si no le amo aun, mi tia; mire vd. si he de ser franca, mas bien amo al Coronel. Tiene un aire tam simpático, tan noble, tan jeneroso, tan leal.
- Da. DOLORES. Sobrina, quieres que riñamos?
- EMILIA. No, mi tia, pero si no le amo.
- Da. DOLORES. Oye, hija mia, estas palabras, y grábalas en tu memoria como una frase sacramental: el amor conyugal es como el apetito, viene comiendo.
- EMILIA. No le entiendo á vd., mi tia.
- Da. DOLORES. Quiero decir que el amor conyugal es cuestion de costumbre, sobrina.
- EMILIA. Yo haré lo que vd. quiera, tia, sin embargo, me parece que mejor seria esperar.....
- Da. DOLORES. Esperar! Y la hipoteca, olvidas que mañana

vence el plazo segundo, concedido por el Coronel.

EMILIA. El Coronel lo renovará.

Da. DOLORES. Y qué ganariamos con eso? Nada, hija mia, aprovechemos las buenas disposiciones de D. Nicanor que si anoche te habló terminantemente de amor, y no dejaste que te besára, y hoy al despedirse te dijo que á las tres vendria á hablar conmigo, es cosa hecha, no hay que hablar, el hombre quiere casarse con tigo, y se casará, ó yo no he aprendido nada en diez y seis años de emigracion en el Brasil. De algo me habia de haber valido la tiranía.

EMILIA. Si vd. se empeña, mi tia.

Da. DOLORES. Escúchame con atencion, y mal haya tu indiscreta lijereza que en estos aprietos nos pone con el Coronel.

EMILIA. Mi tia!

Da. DOLORES. Asi que venga le dirás, despues de protestarle tu amistad y de hablarle de lo gratas que le estamos por su desprendimiento y la eficacia con que nos sirvió, que todo lo que ha habido entre tú y él ha sido una broma, que no lo lleve á mal, que no has tenido la intencion de ofenderle; y si se impacienta finjes que te enfermas, y si no, lloras, y si no puedes llorar, le pides con vehemencia que te perdone, apelando á su noble y jeneroso corazon.

EMILIA. Póbre Coronel!

Da. DOLORES. Si te enterneces renuncia á ser feliz; la felicidad que es cosa positiva, se la busca como al dinero, con la cabeza, calculando, no sintiendo con el corazon. En cuanto á D. Nicanor, déjalo venir, corre de mi cuenta, yo me encargo de él. Mientras tanto, tengo que hacer fuera; voy á la escribanía; ejecuta puntualmente lo que te he dicho y nada temas. Vuelvo luego.

(Vése.)

ESCENA II.

EMILIA, CARMEN.

- EMILIA. Todas las reflexiones de mi tia no me quitan de la cabeza que lo que voy á hacer es una cosa fea. Esta muchacha Cármen suele tener buen sentido. La consultaré. (*Llama.*) Cármen?
- CÁRMEN. (*Entrando*) Señorita?
- EMILIA. Ven, Cármen, siéntate, (*Cármen se sienta*) quiero hacerte una constulta.
- CÁRMEN. A mi, tan luego, señorita.
- EMILIA. Sí, á tí, dime, si estuvieras comprometida con un viejo.....
- CARMEN. Con un viejo yo! no me comprometería jamás.
- EMILIA. Es un ejemplo el que te pongo, un caso nada más.
- CÁRMEN. Eso es otra cosa.
- EMILIA. Decia que si estuvieras comprometida con un viejo, y un jóven rico, elegante te ofreciera casamiento, qué harías?
- CÁRMEN. Caramba, señorita! Sabe vd. que el caso es apurado.
- EMILIA. Piensa un poco. Quiero que me digas tu opinion con tanto reposo como sinceridad.
- CARMEN. (*Meditando.*) Si el viejo, no era muy viejo, ni muy feo, si era bueno y me queria, y el jóven era rico y no me gustaba,—me casaria con el viejo.
- EMILIA. Y si el jóven te gustaba?
- CARMEN. Ay!, ay!, ay! Señorita, me pone vd. en aprietos.
- EMILIA. Medita, no me contestes sin reflexionar.
- CÁRMEN. (*Meditando.*) No sé que contestar; pero se me ocurre que aunque soy una pobre, cumpliria la palabra empeñada, haciendo un esfuerzo para olvidar al jóven.
- EMILIA. Cármen, tú tienes tus defectos, pero posees un buen corazon, y por eso te regalo el vestido de tafotan color turquí que me púse la semana pasada.

CÁRMEN. Que buena es vd. señorita. (*Aparte.*) De perillas me viene el vestido. (*Dirigiéndose á Emilia y levantándose.*) Siento pasos señorita; es la señora.

ESCENA III.

Las mismas, Da. DOLORES.

Da. DOLORES. Y, vino el Coronel?

EMILIA. No, mi tia, aun no.

Da. DOLORES. Qué haces aquí, Cármén?, vete.

CÁRMEN. Señora, la niña me..... (*Vése.*)

EMILIA. No la niña vd., mi tia, la llamé yo.

Da. DOLORES. Cuando perderás, Emilia, esa maldita costumbre de hablar con los criados.

EMILIA. Cármén es una buena muchacha, mi tia.

Da. DOLORES. Todas son buenas, mientras no cambian de casa. Pero como tarda el Coronel. No quisiera que se encontráran con D. Nicamor.

EMILIA. (*Aparte.*) No me atrevo (*Dirigiéndose á Da. Dolores*) Mi tia.....

Da. DOLORES. Qué quieres, hija?

EMILIA. Sabe vd. que.....

Da. DOLORES. Qué cosa sobrina?

EMILIA. (*Aparte.*) Es necesario tener valor. (*Dirigiéndose á Da. Dolores.*) Que he reflexionado, y no me animo á decirle al Coronel que no me caso con él, que todo ha sido una broma.

Da. DOLORES. Qué oigo, vírjen de Lujan! Ahora me sales con eso? Ay! si estas vacilaciones continúan á mí me va á dar un patatús.

EMILIA. Mi tia, no se afija vd.

Da. DOLORES. Que no me afija cuando veo que no me amas, pues no eres capaz de hacer un pequeño sacrificio por mí. Hé ahí el pago que me dás despues de haberte servido de madre. (*Dá un suspiro y lloriquea.*)

EMILIA. Mi querida tia.

Da. DOLORES. Que me diria tu pobre madre cuando nos veamos en el cielo, si cometiera el disparate de casarte con el Coronel. Me reprocharia, y con sobrada razon, que te uní á un hombre mayor que tú, pobre, que no pudo proporcionarte comodidades ni ama para tus hijos, ni diversiones, ni paseos, que solo te ha dado ropa que remendar y medias que zurcir; una vejez prematura, ¡Jesus, qué horror, qué hõrror!

EMILIA. Mi tia, acabará vd. por hacerme llorar.

Da. DOLORES. Qué importa que yo me enferme, que me muera, si tu te sales con la tuya haciendo un disparate. Pues no es poco lo que hablarían de mí. Ay! solo al pensar en la rechifla de las crónicas y hechos locales se me crisan los nervios. Qué dirán “La Tribuna”, “El Pueblo”, “La Nacion” “El Nacional”! Y el “Mosquito,” lo que es esta vez no me escapo de una caricatura. Yo caricaturada! Qué horror, que horror!

EMILIA. Bien, mi tia, tranquilícese vd., haré el sacrificio que vd. me exige, diciéndole al Coronel cuanto quiera vd. Me casaré con D. Nicanor. Pero si soy desgraciada.....

Da. DOLORES. Desgraciada! Nunca, jamás. Ya lo verás, hija mia, ya lo verás. Dame unos besos.

(*Se besan.*)

ESCENA IV.

Las mismas, el CORONEL.

EL CORONEL. Con el permiso de vdes., y ante todo, mil perdones si no he venido antes á informarme de la salud de vdes. Cómo han pasado vdes. la noche, ó mejor dicho, la mañana?

Da. DOLORES. Magníficamente, Coronel, y vd?

EL CORONEL. Así, así, señora.

EMILIA. Estaba vd. tan téttrico anoche.

EL CORONEL. (*Aparte*) Tétrtrico!

EMILIA. (*Aparte*) Pobre Coronel!

EL CORONEL. Nada de eso, vd. sabe Emilia, que ese es mi modo de ser natural, luego, cuando uno se hace viejo

DA. DOLORES. Cada cosa tiene su tiempo, y así como es una cadetada casarse á los cincuenta años

EL CORONEL. Una cadetada, señora, por qué?

DA. DOLORES. Por qué, Coronel, y me lo pregunta vd. á mí, teniendo los años que tiene?

EL CORONEL. Señora, años no arguyen siempre esperiencia.

DA. DOLORES. Dobleemos la hoja, Coronel, charlen vds. con Emilia, en tanto que yo me ocupo un momento de algunos quehaceres domésticos. Cómo andarán esos títeres despues de tres dias seguidos de óperas, bailes y paseos . . . miedo tengo de poner los piés en el corral. (*Váse*).

ESCENA V.

Los mismos menos Doña DOLORES.

EMILIA. Qué mi tia, ella lo exajera todo, cualquiera diria que vivimos en un gran caseron.

EL CORONEL. Yo envidio un carácter así.

EMILIA. De veras?

EL CORONEL. Sí, Emilia, las personas exajeradas son felices.

EMILIA. Felices!

EL CORONEL. Sí, felices. puesto que viven en un estado de permanente ilusion.

EMILIA. Segun eso, Coronel, para vd. las ilusiones son la felicidad?

EL CORONEL. A veces.

EMILIA. (*Aparte*) Qué noble aspecto.

EL CORONEL. (*Aparte*) Qué estrañas interpelaciones me dirije, y en qué tono tan raro.

EMILIA. Pues siento en el alma tener que destruirle á vd. una ilusion, Coronel.

EL CORONEL. A mí, Emilia.

EMILIA. Sí, Coronel, ha llegado el momento de ser franca y yo debo serlo con vd.; callar, habiendo sido vd. tan injénuo conmigo, seria una mala accion que no acierto á calificar, un crimen quizá.

EL CORONEL. Usted, un crimen, Emilia, imposible; hable vd. con tranquilidad, contando desde luego con una induljencia que para ponderarla la llamaré paternal.

EMILIA. Gracias, Coronel. (*aparte*) Qué sacrificio gran Dios!

EL CORONEL. Hable vd., Emilia, hable vd.

EMILIA. Coronel, hace apenas algunas horas que vd. me abrió su corazon, y que yo, respondiéndolo á las benévolas pretensiones de vd. comprometí indebidamente mi palabra de honor.

EL CORONEL. Qué oigo Emilia! Y me lo dice vd. con esa serenidad.

EMILIA. Coronel, no me abrumo vd. con reproches.

EL CORONEL. Reproches, no, Emilia; á mi edad, y cuando se conoce un poco el corazon humano, no se le hacen reproches á una niña que habla con la franqueza de vd. Usted no me conoce, Emilia. Al contrario, se la dice: Emilia, la amo á vd. tiernamente, unirme á vd. seria para mí la suprema felicidad. Pero si vd. cree haber obrado con precipitacion, medite vd. de nuevo si le conviene ser la esposa de un hombre que solo tiene que ofrecerle á vd. un nombre sin tacha y un cariño tan intenso como sincero. Yo no la desligo á vd. Emilia, de su compromiso, pero quiero concederla el tiempo de reflexionar sobre un acto del cual depende su suerte futura.

EMILIA. Gracias, Coronel, por tanta bondad, pero. . .

EL CORONEL. Qué mas, Emilia, qué mas quiere vd., estoy pronto á todo?

EMILIA. Coronel, es menester que todo acabe entre nosotros.

EL CORONEL. (*Con vivacidad.*) Emilia!

EMILIA. Que vd. mire lo que ha pasado como... (*Aparte*)
Que desagradable situacion!

EL CORONEL. Cómo, Emilia?

EMILIA. (*Con desaliento*) Como una broma.

EL CORONEL. (*Con vivacidad*) Una broma!

EMILIA. (*Con desaliento*) Si, Coronel.

EL CORONEL. Y me lo afirma vd. Emilia. Oh! diga vd. mas bien que lo que está pasando es una broma, dígalo vd. por piedad!

EMILIA. No, Coronel, mucho me ha costado proferir esa palabra; pero una vez lanzada debo sostenerla, y es necesario que no prolonguemos esta escena enojosa para los dos.

EL CORONEL. Pero Emilia, no comprende vd. que esa palabra me ha herido como si cien puñales envenenados se claváran á un tiempo en mi corazon. No comprende vd. que esa palabra destruye todas mis ilusiones, todo un cielo de esperanzas y ventura, todo un porvenir de felicidad. No comprende vd. Emilia, en fin, que esa palabra me la presenta á vd., cuya virtud, cuya modestia y sinceridad, comenzaban á reconciliarme con la sociedad, bajo la faz execrable de la coqueta, que como el niño con sus juguetes, juega despiadadamente con los mas nobles y tiernos afectos del corazon?

EMILIA. (*Confusa*) Coronel...

EL CORONEL. Ay! Emilia, yo he oido tronar el cañon en los campos de batalla, silbar las balas por sobre mi cabeza, he visto caer á mi lado infinitos compañeros tan bravos como leales, el hierro y la metralla me han herido muchas veces, tengo mi cuerpo cubierto de cicatriees; pero ninguna de ellas es tan profunda como la que vd. parece querer abrir ahora; nunca jamás en medio

á los peligros en que me he visto lanzado, he experimentado una emoci6n tan intensa como la que gradualmente váse apoderando de mí á medida que me persuado que vd. habla de veras.

EMILIA. Sea vd. jeneroso, Coronel, perdóneme; reconozco mi falta, pero qué hacer. . . .

EL CORONEL. (*Con vivacidad*) Qué hacer?

EMILIA. Por compasion, Coronel, no prolonguemos esta escena, perdóneme vd. (*quiere hincarse.*)

EL CORONEL. Jamás, Emilia, jamás, déjeme vd. (*Aparta de ella la vista.*)

EMILIA. Ay! mi tia, mi tia, que sacrificio me ha hecho vd. hacer! (*Váse.*)

ESCENA VI.

El Coronel, solo.

EL CORONEL. (*Cae en un sill6n con abatimiento, y despues de un momento de pausa*) Su tia ha dicho..... Todo lo comprendo ahora! Pero la torcaz ha herido de muerte al halcon, y aun moribundo se vengará. Hasta cuándo sereis las mismas fementidas mujeres. Loco! insensato quien se embriaga con el nectar de vuestras palabras de amor. (*con ironía*) Una broma! oh! solo las mujeres saben dar esas bromas que matan, y para hacerlas mas terribles aun, solo ellas son capaces de invocar nuestra jenerosidad cuando nos engañan y se burlan de nosotros con crueldad impía. Sea vd. jeneroso Coronel. No, blanca y flexible azucena, tu perfume me ha embriagado y para la embriaguez del amor solo hay un antídoto eficaz, la venganza. Me vengaré, sí: y me vengaré porque el amor profundo, intenso no perdona, y no me habléis de jenerosidad cuando me han robado mis ilusiones, cuando no puedo apartar de mi imajinacion el

cuadro de la mujer que he soñado en mis brazos, en brazos de otro mortal mas feliz que yo.
(*Vése.*)

ESCENA VII.

Doña DOLORES, EMILIA.

Da. DOLORES. Tranquilízate, Emilia, tranquilízate. El mal humor del Coronel pasará como nube de verano; conozco su corazón, disimula pues un poco tu emoción no sea que venga D. Nicanor, siéntate, hija mía, siéntate. (*Siéntase Emilia con aire abatido.*)

CÁRMEN. (*Entrando*) El Sr. D. Nicanor.

Da. DOLORES. (*Apresurándose*) En el acto, Carmen, que pase adelante, hazle entrar.

ESCENA VIII.

Los mismos, D. NICANOR.

NICANOR. (*Entrando*) Misia Dolores, Emilia.....

Da. DOLORES. (*Con afectada amabilidad*) Siéntese vd. Nicanor, y tú Emilia, déjame un instante con el señor, luego te llamaré.

EMILIA. Con el permiso de vd. Nicanor. (*Vése.*)

ESCENA IX.

Los mismos, menos EMILIA.

Da. DOLORES. Nicanor, permítame vd. que le trate con esa familiaridad. Estoy al cabo de todo lo que ha pasado anoche. No le hago á vd. cargos. Pero sí, le exijo que se explique vd. acerca de sus intenciones.

NICANOR. Venía precisamente con ese objeto.

Da. DOLORES. Ha hecho vd. muy bien en no olvidar un momento los antecedentes de su familia, la cuna en que ha nacido. Oh! yo conocí á los abuelos de vd., y no he dudado un punto que vd. se comportára como todo un caballero.

NICANOR. Misia Dolores; seré franco y breve. Mis intenciones no eran sérias al principio.

Da. DOLORES. Es posible?

NICANOR. Sí, pero anoche me he convencido de toda la pureza de Emilia, y hoy quiero ser su esposo, hacerla dichosa haciéndome ella feliz á su vez. No conozco la voluntad de Emilia, pero me atrevo á sospechar que si no me ama aun, me amará despues, sobre todo si Vd. es tan buena, misia Dolores, que quiera interceder por mí. Una palabra de Vd. hará inclinar todo el peso de la balanza en mi favor.

Da. DOLORES. Con mucho gusto, Nicanor, Vd. obra como un caballero, y yo corresponderia mal á su digno proceder si no le ofreciera por entero mi proteccion. Sin embargo, á mi vez debo ser franca con Vd. haciéndole presente que Emilia no tiene rentas; salvar las apariencias no es ser una rica; tiene unos parientes poderosos en España, pero eso Vd. sabe lo que es.

NICANOR. Comprendo, señora; pero si Emilia no es rica yo lo soy y eso basta.

Da. DOLORES. Tiene Vd. un nobilísimo corazon. Si Emilia no es dichosa con Vd. con quien lo será?

NICANOR. Vd. me confunde misia Dolores.

Da. DOLORES. Llamaremos á Emilia (*Llama*) Emilia, Emilia?

ESCENA X.

Los mismos, EMILIA.

EMILIA. (*Entrando*). Mi tia.

Da. DOLORES. (*Muy gozosa*.) Emilia, abraza á tu futuro esposo y abrázalo sin rubor.

EMILIA. (*Esquivándose.*) Mi tia.

Da. DOLORES. (*Tomándola de la mano é insinuándole á Nicanor que se acerque*) Bésela Vd. Nicanor, bésela Vd. en la frente.

EMILIA. (*Resistiéndose.*) Mi tia!

NICANOR. (*Tomándole la mano á Emilia y besándosela*) Perdone Vd. Emilia!

Da. DOLORES. Que felicidad! Vds. no pueden hacerse idea, hijos míos, de lo contenta que estoy. Es nester dar parte cuanto antes ¡Ay! y como van á rabiarse las mujeres.

NICANOR. Esperaremos unos pocos días misia Dolores; deme Vd. el tiempo de prepararme; es el segundo favor que le pido á Vd.

Da. DOLORES. No hay inconveniente, pero que sea pronto, muy pronto.

ESCENA XI.

Los mismos, HELENA, su esposo.

HELENA. Buenos días Dolorcitas, buenos días hijita, (*Se besan con Emilia*) como ha ido desde anoche. Les aseguro á Vds. que solo por verlas podia haberme movido de casa.

Da. DOLORES. Y los niños, que tal, no hubo novedad, por su puesto.

CARLOS. No señora, los pobrecillos durmieron como unos santos.

Da. DOLORES. Hijos de su madre habian de ser los anjelitos.

EMILIA. Pero siéntense Vds.

Da. DOLORES. Si, sentémonos (*aparte dirijiéndose á Helena.*) Tenemos casorio.

HELENA. (*aparte.*) Es posible!

Da. DOLORES. Chit!

HELENA. Con quién?

Da. DOLORES (*Indicándole á Nicanor.*)

ESCENA XII

Los mismos, el Coronel.

EL CORONEL. (*entrando.*) Señoras, señores....

EMILIA. (*aparte*) El Coronel, estoy trémula.

Da. DOLORES. (*aparte*) Niña, por Dios, disimula, no lo echés todo á perder. Ya ves como volvió. No te lo dije, nube de verano.

CARLOS. Y bien, Coronel, como fué de baile? mucha jente, eh? Tendrá Vd. una buena coleccion de anécdotas, como que en todas las fiestas hace Vd. siempre el papel de observador.

EL CORONEL. Vamos, señor D. Cárlos, Vd. sabe lo ocurrido, y sin duda quiere que le ahorren el trabajo de una segunda edicion.

Da. DOLORES. Lo ocurrido? Pues qué ha pasado, cuéntenos Vd. eso, que ha de ser chusco.

EL CORONEL. Ya lo creo, que lo es. Pero nada hay que me fastidie tanto como repetir una crónica escandalosa dos veces, sobre todo si los circunstancias la han oido contar ya.

HELENA. Cón que el negocio es del dominio de la crónica escandalosa?

EL CORONEL. Sí, señora, pero sospecho que vdes. finjen ignorar el episodio, por ver como lo cuento yo, y....

NICANOR. Palabra, que yo por mi parte no he oido nada á propósito del Club.

CÁRLOS. Ni yo.

HELENA. Yo no me he movido de casa, ni he recibido visitas.

Da. DOLORES. Yo no sé jota, salí un momento á la escribanía, no hablé con nadie, y Emilia quedó con Cármen.

EL CORONEL. Pues el cuento, ó mejor dicho, el caso, es de bulto, pues segun se dice parece que han tomado parte en él personas de alguna distincion.

Da. DOLORES. Vaya Coronel. no sea vd. pesado, sáquenos vd. de la curiosidad, por Dios.

HELENA. Yo estoy en ascuas.

EL CORONEL. Pues atención.

Da. DOLORES. Ya le escuchamos á vd.

EL CORONEL. En primer lugar, diz que hubo un duelo entre un amante, y cierto jóven que mostrando malignamente la firma de un billete insignificante, intentó difamar á cierta señorita, (*con intencion*) tan falsa y coqueta como hermosa y galanteada, sobrina de cierta tia tan atolondrada como casquivana.

Da. DOLORES. Jesus, que gracioso!

HELENA. Buen comienzo para una novela.

Da. DOLORES. Prosiga vd. Coronel.

EL CORONEL. Todo pasó en un abrir y cerrar de ojos, en la playa, á inmediaciones de la Aduana, sin que nadie se apercibiera de ello en el baile, salvo dos intrusos, que no sé como estaban allí, y que han referido una parte del lance en la peluqueria.

NICANOR. Y, cómo terminó el lance?

EL CORONEL. Saliendo heridos los dos paladines; el calumniador de una estocada en el abdómen, que puede ser mortal; el amante de otra, bastante grave en el costado izquierdo.

Da. DOLORES. Y, quién es ella? como decia Cristobal Colon.

HELENA. Sí, quién es ella, quiénes son ellos.

CÁRLOS. Dénos vd. las señas á ver si los reconocemos.

EL CORONEL. Solo sé que el amante debia casarse pronto, pues la jóven por quien recibiera la estocada se habia comprometido solemnemente con él. Parece sin embargo que el pobre hombre, que tan néciamente jugaba su vida anoche por una mujer, ha sido desahusado esta mañana, diciéndole su prometida que ya no habia nada de comun entre ellos, que todo habia sido [*con marcada intencion*] una broma.

NICANOR. Sangrienta broma á fé.

EMILIA. (*Aparte*) Estoy perdida.

HELENA. Despues de batirse por ella.

EL CORONEL. Así es la vida, señora.

CÁRLOS. Que abominable coqueta! Seguro estoy de que hay algun ricacho de tercero en discordia.

EL CORONEL. Parece que sí; el cuadro social no podia quedar incompleto.

NICANOR. Pero esa mujer debe ser una Lucrecia de falsía.

DA. DOLORES. Vamos, Coronel, échela vd. á luz.

HELENA. Una mujer así no merece que se la guarden consideraciones. Ademas, aquí todos somos de confianza.

EL CORONEL. (*Mirando á Emilia con intencion*) Con que vdes. creen que es menester inmolar á esa coqueta.

EMILIA. (*Aparte*) Me ha helado su mirada.

NICANOR. Voto porque se la arranque la máscara.

EL CORONEL. Pues bien, si vdes. ofrecen reserva, á mí no me gusta que mi nombre ande mezclado en estos chismes. . . .

EMILIA. (*Aparte*) Respiro, será una coincidencia casual.

EL CORONEL. Diré quiénes son los actores del lance, que repetido en parte, de veinte maneras distintas, corre ya de boca en boca por todos los salones y corrillos de la ciudad.

DA. DOLORES. Me está vd. asesinando, Coronel, hable, hable vd., que me muero de curiosidad.

EL CORONEL. Pues bien, admírense vdes. El calumniador se llama D. Luis de Salazar.

TODOS Á UNA. (*menos Emilia*) D. Luis de Salazar!

EL CORONEL. D. Luis de Salazar.

TODOS Á UNA. (*menos Emilia que dará muestras de una viva inquietud*) Y el otro, y ella, quienes son?

EL CORONEL. El otro, es un Coronel; ella una jóven de diez y seis Abriles.

TODOS Á UNA. (*menos Emilia*) Un Coronel y una jóven de diez y seis Abriles?

EL CORONEL. Sí, (*levantándose*) y se llaman . . .

EMILIA. (*arrodillándose*) Piedad Coronel.

EL CORONEL. *Indicando con el dedo á Emilia y poniéndose la mano derecha sobre el corazón*] y Leandro Sotomayor. (*Váse*).

EMILIA. (*Dá un grito y se desmaya*).

ESCENA XIII.

Los mismos, poniéndose todos de pié, menos el Coronel.

Da. DOLORES. Mal caballero, cobarde, calumniador. Nicanor, no nos abandone vd.

NICANOR. (*Haciendo una cortesía*) Señora, para bromas, basta con una, el Coronel me ha enseñado que debo reflexionar acerca de mi enlace con su sobrina de vd.; quede vd. con Dios. (*Váse*.)

ESCENA XIV.

Los mismos, menos NICANOR.

Da. DOLORES. (*Viendo que Helena y Carlos se disponen á salir.*) Y qué, Helenita, también me deja vd. en este estado?

HELENA. Los chiquitos, los chiquitos me reclaman misia . . . Dolores, ya es hora de Que se mejore Emilita. Carlos, vamos. (*Vánse*.)

ESCENA XV.

Doña DOLORES, EMILIA.

Da. DOLORES. Dios mio, Dios mio, tened compasion de mí!
Emilia (*la besa*).

EMILIA. (*Volviendo en sí*) Mi tia, al fin estamos solas.

Da. DOLORES. Sí, solas y despreciadas. Qué vá á ser de nosotras sin apoyo ni proteccion?

EMILIA. Dios es grande, mi tia.

CÁRMEN. (*entrando*) Esta carta del Coronel.

Da. DOLORES. La hipoteca, lá hipoteca.

EMILIA. Los males no vienen solos, abra vd. mi tia.

Da. DOLORES. (*Leyendo*). Señora, cegado por el resentimiento he sido cruel. Permítame vd. reparar mi falta diciéndola que la hipoteca de la calle de Potosí está cancelada. No me debe vd. nada, señora. Leandro Sotomayor.

EMILIA. Y todavía esta humillacion.

Da. DOLORES. Jeneroso corazon!

EMILIA. Sí, mi tia; pero perdamos nuestra casa y salvemos nuestra dignidad.

Da. DOLORES. Y qué haremos, hija mia, qué haremos solas, abandonadas á nuestra desesperacion?

EMILIA. No se ha perdido todo mi tia, cuando se ha salvado la virtud, el pudor. La leccion ha sido á nuestro orgullo. Reconciliémonos con nuestra humildad y con Dios, y aprendamos á mirar con indiferencia esa sociedad que nos deslumbrára con sus oropeles.

Da. DOLORES. Pero cómo, como, hija mia?

EMILIA. Cómo, mi tia, quedándonos en nuestra esfera, trabajando, el trabajo es el rocío de las almas puras.

Da. DOLORES. Vén á mis brazos, Emilia y perdóname, perdóname. Las inspiraciones de la juventud valen mas que todos los cálculos y combinaciones de la vanidad.

(*Telón rápido*).

FIN DE LA COMEDIA.

Fé de las principales erratas.

PÁGINA.	LÍNEA.	DONDE DICE.	LÉASE.
8	15	esto	eso.
11	23	tenga	tengo.
11	32	aceptarla	el aceptarla.
12	4	no	su.
14	24	como corderos	como unos corderos.
20	15	vendrá	volverá.
21	15	el no puede	el señor no puede.
22	17	mirando	abriendo.
23	35	acaudalosos	acaudalados.
26	23	podrán	podrían.
28	9	recuerdo	recuerda.
35	14	no he abrir	no he de abrir.
40	25	ninguna de los	ninguno de los.
43	30	tasa	taza.
45	13	pero es contra mi costumbre	pero es contra mi costumbre, señora
45	28	su brazo	el brazo.

Por la unidad de la ortografía se ha puesto siempre jota en *je ji*.

Intelijencia para el lector extranjero.

- Página 5. línea 6. ^a —*mate*—infusion de una yerba pulverizada, indijena del Paraguay, de que se hace uso en varias partes de la América del Sud, poniéndola en una calabaza y tomándola con una bombilla.
- línea 1. ^a —*academia*—casa de baile frecuentada por jente de baja condicion.
36. línea 25—*ché*—monosilabo usado en la República Arjentina; y en Valencia de España tambien.
60. línea 31—*casorio*—vocablo usado por casamiento.
63. línea 6. ^a —*ricacho*—usado por ricazo.

NOTA—El autor se reserva el derecho de reimpression y representacion.

PUBLICACIONES

DE

LUCIO V. MANSILLA

(Ex-Redactor del *Chaco* de Santa Fé, del *Nacional Argentino* del Paraná, de *La Paz* y la *Tribuna* de Buenos Aires).

OPUSCULOS ORIGINALES

De Aden á Suez.

De la retroactividad de las leyes.

Del Ejército y bases para el establecimiento de una Escuela Militar.

Dos palabras sobre la caballería de línea argentina.

Ensayo sobre la novela en la Democracia.

Recuerdos de Egipto (1.ª Parte).

Estudios morales (1.ª serie de Pensamientos).

Atar-Gull, drama romántico en cinco actos.

OPUSCULOS TRADUCIDOS

Camilo Des Moulins (Saint-Beuve).

Andrés Chenier (idem idem).

Armando Carrel (idem idem).

De la Moneda y del Crédito (Clément).

El tirano (anónimo).

Naturaleza y tendencia de las instituciones liberales (Grimke) solo se publicó el 1er. tomo 450 páginas. El traductor asociado al Sr. D. Eduardo Hopkins se propone dar á luz una segunda edicion revista y corregida de toda la obra.

Paris en América (Laboulaye). Traducida en colaboracion de D. Domingo F. Sarmiento.

Obras inéditas, traducidas y originales.

Táctica de infantería para el uso del Ejército Argentino, aprobada por el Sr. Presidente de la República, Brigadier Mitre, por el Jeneral D. Emilio Mitre y el Coronel Orma jefe del 2 de infantería

Compendio histórico del derecho romano (Dupin). Traducción con un Prefacio y Apéndice del traductor. (1).

Nociones elementales sobre la justicia, el derecho y las leyes (Dupin). Traducción con anotaciones y notas del traductor (2).

Los Regimientos de hierro (Reiffemberg). Traducción con notas del traductor (3).

NOTA.—La mayor parte de estas publicaciones se halla en venta en las principales librerías.

(1) Se vende el derecho á la traducción.

(2) idem idem idem.

(3) idem idem idem.